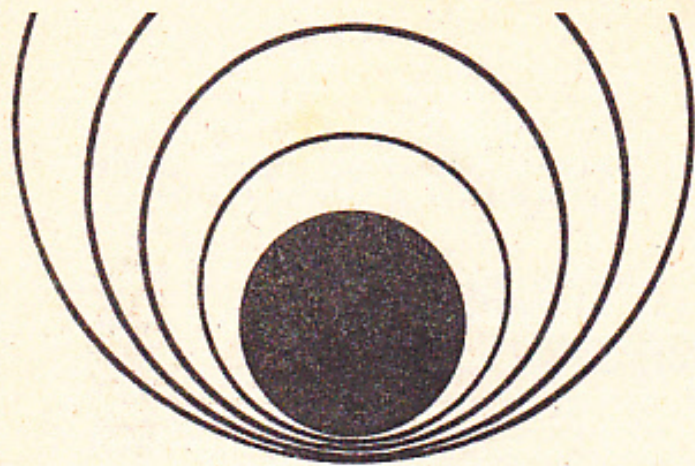




**EN NOMBRE
DEL MAS FUERTE**

Clark Carrados





PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS
EN NOMBRE DEL MAS FUERTE

Colección PUNTO ROJO n.º
917 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA;

1.665. — Sangre amarilla.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.528. — El caso «Sésamo»,

En Colección BUFALO SERIE ROJA;

1.058. — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812. — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS;

1.030. — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

626. — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818. — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE;

635. — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138. — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66. — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

909. — La banda de los 4 ases.

En Colección COLORADO:

1.069. — Unidos por el odio.

ISBN 84-02-02520

Depósito legal: B 24871 - 1979

Impreso en España • Printed in Spain

3.a edición: noviembre, 1979

© Clark Carrados • 1979

texto

© Rafael Cortiella • 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA. S A.

Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del
Vallés (N-152, Km 21,650} Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre salió de la tienda, echó los cierres metálicos, guardó las llaves en el bolsillo y giró sobre sus talones, disponiéndose a emprender el regreso a su casa. Entonces fue cuando oyó una voz que pronunciaba su nombre:

—¡Curliss! ¡Stan Curliss!

La voz procedía de un automóvil parado junto a la acera. Curliss miró en aquella dirección y vio una pistola.

Abrió la boca, pero ya no tuvo tiempo de gritar. El arma escupió varios fogonazos muy seguidos. Curliss retrocedió tambaleándose y se apoyó con una mano en uno de los barrotes del cierre metálico de su tienda. Las fuerzas le fallaron de pronto y cayó, volteando sobre sí mismo, hasta quedar encogido al pie del escaparate, mientras el coche en el que se hallaba el asesino arrancaba rugiendo a toda velocidad, antes de que nadie pudiera haberse percatado completamente del drama.

Lee Hutton leyó al día siguiente la noticia en el periódico y no le concedió demasiada importancia, a pesar de que el informador especulaba sobre la posibilidad de un asesinato por represalia, al negarse la víctima a satisfacer el «impuesto» de protección, establecido por una banda de hampones, a la que, hasta entonces, nadie había conseguido poner freno. En aquel momento entró un cliente y se dispuso a atender sus demandas.

Hutton tenía una dependienta, una mujer de mediana edad, Gertie Wood, que ya llevaba años empleada en la tienda. Hutton había heredado el negocio y también a la dependienta, que en aquellos momentos se hallaba muy atareada distribuyendo por las estanterías el contenido de unos paquetes que les habían traído minutos antes. Mientras encendía un cigarrillo, se preguntó si valía la pena seguir al frente del negocio.

Hacía apenas dos meses que desempeñaba aquella tarea. La tienda, indudablemente, tenía mucho valor, dada la mercancía almacenada: objetos y aparatos de fotografía y cinematografía de todas clases. A su tío Silas le había gustado el negocio, pero Hutton no estaba seguro de compartir los entusiasmos del difunto propietario que, teniéndole como único pariente, le había convertido en su heredero universal.

Cuando recibió la noticia de la muerte de Silas Hutton, Lee, tras conocer el testamento, decidió abandonar su anterior empleo. No estaba muy seguro de haber obrado correctamente.

Era un trabajo rutinario y, además, los ingresos no permitían sentirse demasiado optimista. Apenas si le daba para pagar el sueldo de la dependienta y vivir cosí modestia. Ciertamente, tenía

muchos miles de dólares invertidos en mercancía, pero el valor de todos los objetos descendería enormemente si vendía todo de golpe,

Hutton había heredado también una casa en las inmediaciones del río, en un lugar no demasiado atractivo. Dudaba mucho de que un día pudieran pagarle por la propiedad siquiera lo que su difunto tío había invertido en la misma.

—En resumen —filosofó—, estoy atrapado y no sé cómo salir de este encierro.

Se había cansado un poco de su anterior empleo, pero ahora Veía claramente la equivocación cometida. Por otra parte, le daba un poco de lástima vender el negocio. ¿Qué sería de Gertie si cerraba la tienda?

La entrada de dos clientes interrumpió súbitamente sus reflexiones.

—¿En qué puedo servirles, caballeros? —preguntó, cortés.

—Usted es el nuevo dueño de la tienda —dijo uno de los recién llegados.

—Así es. Mi nombre es Lee Hutton. El anterior propietario, Silas, era mi tío y me nombró su heredero universal... Pero creo haber dejado resueltos todos los aspectos legales de la herencia, caballeros. ¿Acaso pertenecen al departamento de impuestos?

Los dos sujetos cambiaron una mirada de inteligencia. En aquel instante, Hutton se dio cuenta de que Gertie estaba arrinconada en el otro extremo del mostrador, con una inequívoca expresión de miedo en su rostro.

Sonó una risita.

—No, no somos funcionarios del gobierno —contestó uno de los sujetos, el mismo que había hablado antes—. ¿Podemos conversar con usted a solas unos momentos, señor Hutton?

—Claro. Gertie, por favor, atienda el local.

—Sí,, sí, señor Hutton.

El joven caminó hacia una puerta y la abrió, a la vez que se echaba a un lado,

—Pasen, por favor —invitó.

Los dos hombres entraron. Hutton les siguió a continuación. Cerró y buscó una botella y vasos.

—Señores, estoy a su disposición—manifestó.

—Me llamo Laze Spellane. Este es Ben Coud —dijo el mismo individuo—, Señor Hutton, tememos que su difunto tío no le comunicó el trato que había establecido con nosotros.

—¿Qué trato? —se asombró el joven.

—Cien dólares semanales —habló Coud—. Esto incluye la protección contra incendios, asaltos, robos... En fin, es una

especie de seguro que le proporcionará una tranquilidad absoluta contra todo género de accidentes.

Hutton se quedó quieto un instante, con la botella en una mano y el vaso en la otra.

—Cien dólares —repitió.

—Sí —confirmó Spellane—. Por supuesto, y dado que hemos sabido percatarnos de su desconocimiento de la situación, pasaremos por alto las cuotas de las semanas anteriores, y también en señal de respeto hacia el difunto Silas Hutton, uno de nuestros mejores clientes. Sin embargo, confiamos en que usted sabrá hacerse cargo de las circunstancias y atender el pago de las cuotas, a partir de hoy mismo y sin demora alguna. Vendremos a verle todos los jueves, a la hora del cierre, más o menos.

Hutton calló unos instantes.

Tenía treinta y dos años y se sentía fuerte y hábil como diez años antes. Aunque tanto Spellane como Coud eran unos tipos fornidos y, a juzgar por su aspecto, conocedores de los peores trucos, estaba seguro de derrotar a ambos en una pelea a brazo partido. Sin embargo, pensó, una pelea no solucionaría el problema que se le había planteado tan inopinadamente.

Al fin, hizo un esfuerzo y sonrió.

—Pues nada, caballeros, no se hable más. Ahora mismo les entregaré los cien dólares —dijo—. Y, créanme, me siento mucho más tranquilo.

—Celebro que se lo tome con tanta satisfacción —contestó Coud.

—No saben ustedes qué contento me siento de estar tan seguro, gracias a ustedes. Así no me sucederá lo mismo que a Stan Curliss, ¿verdad?

Coud y Spellane cambiaron una mirada, repentinamente intranquilos.

—Creo que fue la venganza de un marido celoso —dijo el primero.

—Curliss era todo un donjuán, pero no sabía medir bien el terreno que pisaba —añadió Spellane,

«Mentirosos», les apostrofó Hutton, sonriendo por fuera, pero con la sangre a punto de ebullición.

—Sí, claro, meterse en terreno vedado trae a veces malas consecuencias —dijo—. Si me acompañan a la caja, les daré el dinero, amigos. Porque vamos a serlo a partir de ahora, supongo.

—Eso, ni se duda —contestó Spellane presuntuosamente.

Una vez en la calle, Coud sacó un pañuelo y secó la frente.

—Creí que iba a resultar más difícil —comentó.

—Bah, es como todos. Se arrugan apenas se les enseñan los

dientes —dijo el otro con acento desdeñoso— Ben, ¿quién es el siguiente en la lista?

Coud sacó una agenda y leyó:

—Grant J, Rodney, seiscientos «pavos».

—Un pez muy gordo —calificó Spellane—. ¿Vamos?

En el interior de la tienda, Gertie Wood estaba a punto de llorar.

—Esos tipos... son malos, malos como el mismísimo demonio, señor Hutton...

—¿Los conocía usted, Gertie?

—Sí. Venían todas las semanas. Su difunto tío, que en gloria esté, quiso negarse al principio, pero un día le destrozaren la tienda... Perdió mucho dinero, créame, y tuvo que resignarse a pagar.

Hutton se puso un cigarrillo en los labios.

—Yo también pagaré... por ahora —murmuró.

Se le había ocurrido una idea, pero quería desarrollarla plenamente, para que sus resultados consiguieran la eficacia deseada. Lo que pretendían aquellos matones no sólo era injusto, sino inmoral, y no estaba dispuesto a tolerarlo más tiempo del absolutamente necesario.

A fin de cuentas, en su anterior empleo había adquirido conocimientos que ahora podían serle muy útiles, pensó.

* * *

Florence Langley vio a los dos hombres entrar en su despacho y sintió en el acto cierta aprensión que procuró ocultar tras una máscara de cortés impasibilidad.

—¿Desean algo, caballeros? —consultó amablemente.

—Yo soy Spellane, Este es Coud. Anúncienos al señor Rodney.

—No sé si podrá recibirles, señores —objetó ella.

—Inténtelo —pidió Coud.

Florence se puso en pie. Era una muchacha de elevada estatura, muy esbelta, de pelo castaño oscuro, peinado severamente, con raya en medio y gran moño en la nuca. Unos grandes lentes de cerco de acero no eran suficientes para ocultar por completo sus grandes ojos, rasgados, de pupilas intensamente azules.

—Esperen, por favor.

—Sí, señorita.

Florence entró en el despacho de su jefe y salió a los pocos instantes.

—Pasen.

Coud y Spellane desaparecieron de su vista. Florence volvió a sentarse tras su mesa, muy preocupada por lo que había visto en la cara de su jefe, al anunciarle aquella visita:

Por primera vez, en todo el tiempo que llevaba en el puesto,

había visto a Rodney descompuesto y fuera de sí. Rodney, un hombre normalmente correcto y bien educado, parecía haber perdido el control de sus nervios al escuchar aquellos dos nombres, y había emitido una interjección nada académica.

Se preguntó a qué podía deberse aquel raptó de cólera. Pero no le preguntaría nada a su jefe ni haría el menor comentario sobre el particular, a menos que decidiera franquearse con ella.

Spellane y Coud salieron a poco, con cara de satisfacción.

—Ha sido un placer, señorita —dijo el primero.

—Encantada —contestó Florence fríamente.

Los dos hombres se marcharon. A los pocos momentos, sonó el interfono:

—Señorita Langley, venga, por favor —Hamo Rodney.

La muchacha se levantó, con la libreta de taquigrafía en una mano y el lápiz en la otra. Al entrar en el despacho, vio a Rodney con un vaso lleno en la mano derecha.

—¿Ha visto a esos dos tipos, señorita? —preguntó Rodney.

—Sí, señor. No me han gustado nada..

—Menos me han gustado a mí. Tengo que pagarles seiscientos dólares semanales.

Florence se quedó sin aliento.

—¿Cómo, señor?

—«Protección» —contestó Rodney—. Y al que no paga, le vuelan la cabeza, como ayer a Curliss. ¿Ha leído la noticia en el periódico?

—Por encima, señor. Pero ¿qué hace la policía?

—¿La policía? —Rodney emitió una risa amarga—.

¿Qué puede hacer sin pruebas, señorita Langley? Si alguno sentía tentaciones de hacer algo, se quedará quieto, después de saber lo que le sucedió a Curliss. No, no me gusta pagar seiscientos dólares semanales, pero menos me gustaría que me llenasen la barriga de plomo. Y usted perdone la expresión...

—No se preocupe —dijo Florence—. De modo que le roban seiscientos semanales.

—Sí. Usted ha sustituido hace menos de una semana a mi anterior secretaria, que dejó el puesto para casarse. Por eso no estaba enterada del asunto. Ahora ya lo sabe.

De pronto, Florence dio un impulsivo paso hacia adelante.

—Señor Rodney, ésta es una situación que exige un poco de paciencia y un mucho de astucia. Quizá yo pueda ayudarle de alguna forma.

—No veo cómo —dijo Rodney.

—Aguarde un momento, por favor.

Florence levantó el teléfono y marcó un número. Segundos

después, dijo:

—Por favor, póngame con el sargento Hutton.

La respuesta recibida fue una especie de ducha helada:

—Lo siento mucho, señora; el sargento Hutton dimitió de su puesto hace más de dos meses.

CAPITULO II

Lee Hutton vio entrar a los dos sujetos en la tienda y les dirigió una amable sonrisa.

—Un momento, por favor —rogó—. Termino de atender a la señora y en seguida soy con ustedes.

Hutton trataba de vender un costoso equipo de cine a una mujer ya entrada en años, de formas más que abundantes, a la que había catalogado a los pocos momentos. «Tiene un amante veinte años más joven que ella y quiere agradecerle sus servicios amorosos», pensó.

Al fin, logró que la dama se quedase con el equipo. Hizo las operaciones necesarias con la tarjeta de crédito y dio una factura a la cliente.

—Mañana, sin falta, le enviaremos todo a su casa, señora —prometió.

La dama se marchó. Hutton se volvió hacia la dependienta.

—Puede marcharse ya, Gertie —añadió—. Deje colgado en la puerta el cartelito de «Cerrado».

—Bien, señor —contestó la señora Wood, tratando de dominar el miedo que sentía.

Hutton hizo una señal con la mano.

—Vengan a mi despacho —rogó, cortés.

Spellane y Coud le siguieron en el acto. Hutton cerró la puerta y se encaminó hacia la consola del servicio de licores. Llenó unos vasos y entregó dos a sus «visitantes».

—Tengo el dinero, pero no me ha quedado tiempo para contarlo —sonrió—. No sé qué ha pasado hoy, todo el mundo venía con billetes de poca cuantía... Supongo que eso les conviene más, ¿verdad?

—Claro —respondió Spellane—. Oiga, tiene un whisky magnífico. Nunca había probado nada semejante.

—Me lo envía un amigo de su destilería particular —Hutton se sentó ante su mesa y abrió el cajón central—. Voy a contar el dinero, con su permiso.

Coud chasqueó la lengua.

—Pídale otra botella a su amigo, para nosotros —dijo.

—La tendrán en la próxima semana —respondió el joven, muy ocupado en contar los billetes, casi todos de uno y dos dólares—. Oigan, su jefe debería admitir tarjetas de crédito... Por cierto, aún no sé quién es... No, no, perdonen, no he dicho nada; ya sé que hay cosas que no se pueden divulgar... Veintiuno, veintidós, veintitrés... ¿Por qué no se sientan? —rogó—. Estos malditos billetes están asquerosamente pringosos...

Spellane se fue hacia la botella. Coud le entregó su vaso.

—Ponme a mí también otro trago —solicitó.

De pronto, Hutton lanzó una maldición.

—¿Qué pasa? —preguntó Coud.

—Nada. Me he equivocado y tengo que volver a contar. Dispensen, muchachos he tenido demasiado trabajo y no me quedó tiempo...

—No se preocupe —concedió Spellane benevolentemente—. No hay prisas; ésta es nuestra última parada, por hoy.

—Eso me hace sentirme un poco mejor —sonrió Hutton—. Uno, dos, tres... éste es de dos dólares y hacen cinco, seis...

Los dos hampones ocupaban sendas butacas y parecían sentirse a sus anchas, mientras saboreaban la segunda copa. De pronto, Coud emitió un ronquido, a la vez que su cabeza se doblaba sobre el pecho.

Spellane le miró, acometido por un sueño invencible. Quiso decir algo, adivinando tardíamente la trampa en que habían caído, pero sus fuerzas le fallaron también y se sintió caer en un pesado sopor.

Hutton dejó de contar el dinero y se puso en pie.

Sonreía de un modo muy peculiar.

—Muchachos, vais a tardar un poco en cobrar «impuestos» a nadie —dijo.

* * *

Coud fue el primero en despertar, después de un sueño que le pareció interminable. Notó la lengua espesa y la boca seca, y lo primero en que pensó fue en una gran jarra de cerveza bien fría. Pero la sed se le pasó casi de inmediato cuando se dio cuenta de la situación en que se encontraba.

Estaba en una habitación que le resultaba completamente desconocida, alumbrada por una sola bombilla y sin ventanas tendido en el suelo, sobre una manta y vestido con un simple mono. Durante unos minutos, se negó a creer en la realidad, hasta que oyó a su compañero gruñir y quejarse sordamente.

—¡Laze! —gritó—. Despierta, pronto... Ese maldito Hutton nos tendió una encerrona...

Spellane tardó algunos minutos en recobrar el completo uso de sus sentidos. Entonces, se dio cuenta de que estaba en las mismas condiciones que su compinche.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? —exclamó furiosamente.

Coud hizo un esfuerzo y se puso en pie. Vio una puerta y se acercó a ella para aporrearla, cosa que empezó a los pocos instantes, pero nadie contestó a sus frenéticas llamadas.

Entonces decidió salir por la fuerza.

—Laze, vamos, ayúdame a reventar esta condenada puerta...

La puerta resistió todos los esfuerzos. No había cerradura por el interior y los dos hampones se dieron cuenta muy pronto que había sido reforzada para resistir todo, menos el impacto directo de un cañón.

—Pero, ese tipo, ¿qué diablos pretende? —exclamó Spellane, que empezaba a sentir un pánico espantoso.

—¡Mira! —exclamó Coud de pronto—. Allí hay un agujero. Seguramente da a un túnel y podremos escapar...

El orificio, circular, estaba situado en uno de los rincones de la estancia y medía unos setenta centímetros de diámetro. Coud llegó al borde y lanzó un gemido de desesperación.

A pesar de la poca luz, podía ver la reja transversal, situada a un par de metros del suelo, que bloqueaba el paso por completo. Había señales de antiguos escalones de hierro, encastrados en las paredes del pozo, pero habían sido quitados y los huecos tapados con cemento.

—¡Nos van a matar de hambre y de sed! —dijo aterrorizado.

Spellane registró los bolsillos del mono, única prenda que vestía, aparte de los calcetines y los zapatos, éstos sin cordones. También empezó a sentir miedo.

* * *

A la mañana siguiente, Hutton, como de costumbre, abrió la tienda puntualmente. Antes de terminar, Gertie había hecho ya su aparición.

—Me fui muy nerviosa —confesó.

Hutton rió alegremente.

—No había motivos para tanto —contestó—. Se portaron como unos caballeros,

—Pero son unos canallas... —Gertie puso las manos en sus costados—. Señor Hutton, usted, que fue lo que fue, ¿por qué no hace algo para remediar este estado de cosas? ¿Por qué pagar algo que es injusto?

—¿Podemos evitarlo, Gertie?

—Usted, si quisiera, sí, señor Hutton.

—No sobrevalore mis fuerzas —contestó el joven—. Ya no soy... el que fui y quiero vivir en paz.

—Esos tipos llevan viniendo ya cinco semanas, lo que representa quinientos dólares. Se le llevarán cinco mil doscientos al cabo del año...

—Y con la cantidad de comerciantes que hay en la zona, ¿se imagina a cuánto asciende la «recaudación» total?

—Si se unieran todos, si todos, a una, se negaran a pagar...

—Curliss se negó y le metieron cuatro balas en la tripa.

—Pero no podrían matarles a todos, señor Hutton.

—Gertie, en esta situación, cada uno piensa que el próximo será él y decide pagar y evitarse complicaciones. Curliss ha sido un buen ejemplo para todos nosotros, es todo lo que puedo decirle.

Gertie le miró de hito en hito.

—Perdone que se lo diga, pero no puedo callarme, aunque me despida en el acto. Pensé que sería más valiente y que no cedería, pero veo que me he equivocado.

—Lamento haberla defraudado, Gertie. Me gusta vivir... Ah, aquí viene un cliente; atiéndale, por favor.

La empleada se volvió despectivamente.

—Sí, señor —dijo con seco acento.

—Oiga, que no he venido a robar —exclamó el muchacho que acababa de entrar en la tienda—. Sólo pretendo un carrito de película...

Hutton ocultó una sonrisa. Lo cierto era que ni siquiera a la buena y áspera Gertie Wood quería decirle cuáles eran sus planes. Sobre todo, cuando el punto principal de los mismos incluía dos ingredientes absolutamente esenciales: paciencia y tiempo.

* * *

La puerta del encierro se abrió. Un revólver detonó tres veces seguidas. Spellane y Coud, aterrados, se refugiaron chillando en el extremo opuesto de la habitación.

—¡No dispare, no dispare! —pidieron al unísono.

Hutton apareció en el umbral, con la sonrisa en los labios.

—Los tres primeros disparos eran de fogeo. Pero los tres cartuchos que siguen son auténticos, con bala —advirtió, a la vez que empujaba con el pie una bandeja en la que había dos platos y dos vasos de papel—. La ración para veinticuatro horas —añadió.

Spellane dio un paso.

—¿Qué diablos pretende? —inquirió coléricamente.

—Sólo una cosa —respondió el joven—. Saber el nombre de vuestro jefe.

—¡Váyase al infierno! —dijo Coud.

—Muy bien. Entonces, para aclarar las cosas de una vez, os diré algo que os conviene saber. En primer lugar, no sabéis dónde estáis, ni nadie lo sabe tampoco. Os traje narcotizados a altas horas de la mañana y nadie me vio traeros a este calabozo.

«He estado pagando el «impuesto» durante cinco semanas, para

tener el tiempo suficiente que me permitiera preparar todo adecuadamente. La puerta tiene un doble blindaje, cerraduras cuádruples, por fuera, claro, y bisagras reforzadas. Con las uñas, poco podréis hacer, salvo perderlas rascando la madera, que tiene diez centímetros de espesor.

«El pozo da a un túnel que conduce directamente al río, pero le interpuse una reja, que impide toda escapatoria. Había unos escalones empotrados en la pared, pero los quité antes de colocar la reja. En fin, aquí estáis y seguiréis hasta que a mí me parezca bien.

—Usted no puede hacer eso —gruñó Spellane.

—¿Quién me lo impide? —se burló Hutton.

Coud sintió frío.

—Oiga, si quiere, puedo decirle un nombre...

—Seguramente, no me servirá. Además, no tengo prisa.

Hutton retrocedió. De pronto, Spellane, dándose cuenta de que la decisión del joven era absolutamente inexorable, levantó la mano:

—Oiga, antes ha dicho que nadie sabe dónde estamos. Supongamos que le sucede algo y que se mata. ¿Qué sería de nosotros?

—Muy sencillo: moriríais de hambre.

Coud, abrumado, se sentó en el suelo y se echó a llorar como un chiquillo. Hutton le miró despectivamente.

—Has perdido todo el valor que demostrabas fuera, con una pistola en el bolsillo —dijo—. Eso quiere decir una cosa: eres un cobarde.

Coud no tuvo fuerzas para reaccionar. Spellane crispó los puños.

—El día en que salgamos de aquí... —amenazó.

—No estés tan seguro de salir algún día —cortó Hutton heladamente.

Retrocedió unos pasos. Ya en el umbral sonrió:

—El pozo comunica con el río. Estamos entrando en la época de las lluvias. El río, a veces, crece mucho de nivel, y las aguas irrumpen en este lugar. Una vez llegaron casi hasta el techo —dijo, como lúgubre despedida para los dos desmoralizados hampones.

CAPITULO III

Hutton entró en la tienda y aguardó a que el dueño atendiera a un cliente. Mientras le llegaba el turno, encendió un cigarrillo.

A los pocos momentos, el dueño se acercó a él.

—Hola, sargento —saludó.

—«Dingo», usted sabe de sobra que dejé la Policía —sonrió el joven—. Por tanto, llámeme Lee y Olvídense del tratamiento.

—Como quieras, muchacho —contestó Harry Ronnes, propietario de la tienda de empeños—. Sí, ya sabía que heredaste del viejo Silas y que dejaste el cargo, para convertirte en un comerciante, pero, qué quieres, la costumbre... ¿Te van bien las cosas?

—Psé... Mejor podrían ir, si no fuera por el «impuesto» que me cobran dos tipos llamados Spellane y Coud, ¿Los conoce usted?

Ronnes sacudió los dedos.

—Si los conozco, preguntas —dijo—. A mí me «soplan» setenta semanales. Y no hay manera de eludir ese «impuesto», como lo llamas.

—Eso, depende —murmuró Hutton.

—¿Qué piensas hacer, muchacho? Ten cuidado, no te metas en líos. Piensa en el pobre Curliss. Le llenaron la panza de plomo, por resistirse.

—Bueno, por ahora yo no pienso negarme a pagar. Pero me gustaría saber quién es el jefe. Vamos, el nombre de la persona que está detrás de todo este asunto.

Ronnes, unos cincuenta años, casi calvo, con lentes de cerco de oro sobre la nariz ganchuda, se rascó la cabeza con aire de perplejidad.

—La verdad, no tengo la menor idea. Nunca he sido curioso...

Hutton soltó una risita.

—Vamos, viejo zorro. Aquí, en su zorrera, oye usted más cosas al cabo del día que en la Jefatura toda una semana.

—Hombre, algo se oye, claro... Tú ya sabes que os ayudaba a vosotros, los policías, cuando se trataba de algún asunto importante...

—Y éste, ¿no lo es?

Ronnes hizo una mueca.

—Según se mire, muchacho —contestó.

—No me gusta pagar cinco mil doscientos dólares al año —dijo Hutton con un gruñido de cólera—. No rae gusta pensar que mi dinero y el de otros que trabajan mucho y honradamente, sirva para que algún buitre tenga un yate y disfrute de la vida en las Bahamas, con sus queridas merodeando a su alrededor.

Entiéndalo bien, «Dingo».

—Sí, te comprendo demasiado bien —suspiró el prestamista—. De todos modos, insisto, no sé gran cosa... Oye, ¿por qué no hablas con Tessie Fowler?

—¿Quién es ese fulano?

Ronnes le guiñó un ojo.

—Fulana, muchacho, Y está fenomenal. Dirige el «Hot Sex», en la calle Doce. Dile que vas de mi parte, ¿eh?

—«Hot Sex», «Sexo Caliente», vaya un nombrecito —comentó Hutton sonriendo.

—El lugar lo merece. Oye, la mejor hora son las dos de la madrugada. Apenas hay casi gente y Tessie podrá ocuparse de ti sin prisas.

—Muy bien, de acuerdo. Gracias, «Dingo».

—De nada, muchacho; ha sido un placer.

Al salir de la tienda de empeños, Hutton consultó su reloj. Eran las siete y media de la tarde. Todavía le quedaban más de cinco horas, antes de entrevistarse con aquella mujer llamada Tessie Fowler.

* * *

Florence Langley terminó el trabajo y se puso en pie. Rodney apareció en la puerta de su despacho al mismo tiempo.

—Gracias por estas dos horas de su tiempo, señorita.

—No tiene ninguna importancia —sonrió la joven.

—Mañana, si lo desea, puede venir más tarde; yo tengo que hacer una visita de negocios y estaré ausente toda la mañana.

—Muy bien, señor Rodney.

La puerta del antedespacho se abrió de pronto. Dos sujetos aparecieron ante el umbral.

—Hola —saludó uno de ellos.

Florence perdió el color en el acto. Rodney apretó los puños.

—No atendemos ya a los clientes —dijo.

—No somos clientes. Estamos buscando a dos amigos nuestros. Tal vez hayan oído sus nombres: Coud y Spellane.

—Sí, los conozco, pero hace días que no les veo —manifestó Rodney.

El hombre que había hablado volvió los ojos hacia Florence.

—¿Usted, señorita?

—Le... le digo lo mismo que le ha dicho el señor Rodney —contestó Florence con voz insegura.

—Está bien, muchas gracias. Vámonos, tú.

Los dos hombres salieron. Rodney se dio cuenta entonces de la terrible agitación que poseía a la muchacha.

—¿Se siente mal, señorita Langley? —preguntó.

Ella sacudió la cabeza.

—No... No es nada...

—Quizá ha trabajado demasiado —dijo Rodney—. Ande, vaya a su casa y tómese una buena cena. Mañana, como digo, no es necesario que madrugue. Y si no viene hasta el mediodía, no tendremos que lamentarlo.

—Gracias, señor Rodney; es usted muy bueno.

Florence tomó su bolso y abandonó el despacho, felicitándose de que su nuevo aspecto hubiera servido para engañar a Nicky Chilton, el hombre que había preguntado por los dos hampones. Chilton no la había reconocido... pero si algún día volvía por allí, podría suceder lo contrario. Y era una perspectiva que no Se gustaba en absoluto.

* * *

Tocó con los nudillos en la puerta y esperó unos instantes. Una voz de mujer dijo al fin «adelante» y Hutton abrió.

—Buenos días —dijo, con la mejor de sus sonrisas.

Tessie Fowler estaba de espaldas a él, forcejeando con la presilla de su sostén. Volvió la cabeza un poco y frunció los labios.

—No le conozco, amigo —dijo.

—Me llamo Lee Hutton y me envía «Dingo».

—Oh... Pase, señor Hutton.

—Gracias. Llámeme Lee, por favor.

—¿En qué puedo servirle, Lee?

—¿Necesita ayuda para ese broche?

—Sí, por favor.

Hutton se acercó a la mujer. Debía de tener unos treinta y cinco años, supuso, y su aspecto era terriblemente atractivo. Ella le dejó operar en la presilla y, al quedar suelta, se inclinó hacia adelante para coger una bata, ya que la única prenda que le restaba sobre el cuerpo opulento eran unos vistosos pantaloncitos de encaje negro. Después de ponérsela, giró en redondo y sonrió.

—Bien, habla, encanto —invitó.

—Se trata de dos tipos llamados Spellane y Coud. «Cobradores».

—Ah —murmuró ella— Los conozco.

—Tengo un negocio de fotografía. Me piden cien «pavos» semanales.

—A mí me piden setecientos —estalló Tessie—. Hijos de puta, ladrones...

Se pasó una mano por la frente.

—Lo mejor será que me tome una copa —añadió—. ¿Quieres, Lee?

—Gracias, preciosa.

Callaron durante unos momentos.

—Tu nombre me suena —dijo ella al cabo.

—Era sargento de Homicidios. Lo dejé cuando heredé la tienda.

—Comprendo. Te fastidia pagar, ¿eh?

—Imagínate.

—Sé un nombre, aunque no te aseguro que te sirva para algo...

—Siempre será mejor que nada —dijo él, a la vez que sacaba una libreta—. Habla, por favor.

—Barry Holmes, Great River y Road, cuatro mil setecientos dos.

Hutton anotó los datos y volvió la agenda al bolsillo.

—Gracias, eres un encanto,

Tessie le miró con curiosidad,

—¿Qué piensas hacer? —preguntó.

—¿Te gustaría ahorrarte casi tres mil pavos al mes?

—No sueñes, Lee —suspiró ella.

—Algo hay que hacer, ¿no te parece?

Hubo un instante de silencio. Tessie tenía los ojos entreabiertos.

—No sé por qué, pero tengo la impresión de que lo conseguirás —dijo al cabo.

—Gracias.

—Espera, no te vayas tan pronto —dijo ella, al ver que Hutton iniciaba la media vuelta para marcharse—. Me gustaría pagarte... por anticipado,

—No necesito que me pagues nada, Tessie,

Ella abrió un poco la bata.

—¿Tampoco de esta forma? —sonrió—. Ahora no eres policía...

Hutton dudó un momento. Llevaba una temporada portándose como un anacoreta, debido al intenso trabajo que había tenido hasta ponerse al corriente del negocio. ¿Por qué no disfrutar un poco de la vida?, se dijo.

Avanzó hacia la mujer y metió las manos en el interior de la bata, notando en el acto la calidez de la carne firme y perfumada. Luego, las manos subieron hasta encerrar dos redondas esferas, rematadas en vértices picudos y sonrosados, que se hicieron aún más agudos al contacto masculino.

—Tienes razón —dijo—. Ahora no soy policía.

La bata cayó al suelo. El lecho estaba muy cerca.

CAPITULO IV

Eran casi las siete de la mañana y apenas había amanecido, cuando Hutton se puso en pie,

—¿Te vas? —preguntó Tessie lánguidamente, cubierta a medias por las ropas de la cama.

—Es preciso, nena. Yo tengo un horario muy distinto del tuyo —contestó él, mientras empezaba a ponerse los pantalones.

—Pero eres el dueño y nadie te persigue... Quédate un poco más, anda —rogó ella apasionadamente,

—Lo siento de veras. Hoy es viernes, fin de semana, y la gente aprovecha para comprar material fotográfico que es un contento.

Tessie se sentó en el lecho, orgullosa de enseñar sus senos.

—Vuelve pronto —dijo—. Mira lo que te aguarda. Y eso no es todo.

—Lo sé —rió él—. Volveré pronto, preciosa, y te contaré mi entrevista con Holmes.

—Ten cuidado. Dicen que tiene muy malas pulgas. Y siempre le acompañan dos tipos, que parecen dos cocodrilos, dispuestos a morder a la menor señal de su amo.

—Gracias por la información, muñeca.

—Sal por la puerta lateral del fondo. La otra está cerrada.

—Muy bien.

Hutton abandonó el dormitorio, recorrió el pasillo, encontró la puerta y salió a una escalera en voladizo, que daba a un callejón. Alcanzó el suelo y pronto estuvo junto a su coche, ignorante de que, en aquellos momentos, un individuo subía por la misma escalera, procurando no hacer el menor ruido.

Tessie se había vuelto a acostar y trataba de conciliar el sueño, cuando, de pronto, oyó el chasquido de la cerradura.

—Lee, ¿te has olvidado algo? —preguntó con voz perezosa.

—No soy Lee.

Tessie se sentó instantáneamente en la cama.

—¿Qué hace usted aquí? —chilló, sin importarle en absoluto su desnudez.

—Adivínalo, encanto.

El intruso sonreía perversamente al enseñar mi revólver provisto de silenciador. Antes de que Tessie pudiera emitir el menor sonido, el revólver vomitó un leve chasquido.

La rubia cabeza de Tessie fue arrojada hacia atrás con terrible violencia, a causa del impacto del proyectil, que había entrado entre los dos ojos. Tessie cayó de espaldas, con el pie derecho agitándose espasmódicamente.

Pero aquellos movimientos cesaron muy pronto. El asesino,

tranquilamente, cerró la puerta y se marchó por donde había venido.

Poco más adelante del «Hot Sex», encontró una cabina telefónica. Entró, depositó una moneda en la ranura, levantó el aparato y marcó ur. número. Cuando oyó el sonido del otro teléfono, dijo;

—Todo listo.

—Está bien, gracias.

—¿Algo más?

—Eso es todo. Por ahora.

—Sí, señor.

El asesino salió de la cabina y se quitó los guantes de piel negra que había llevado hasta aquel momento. Silbando alegremente, caminó unos doscientos pasos, hasta encontrar el automóvil que había dejado aparcado mucho antes. Momentos después, se perdía entre el intenso tráfico de la ciudad que ya despertaba al nuevo día.

* * *

De pronto, Florence Langley vio la muestra de una tienda y sufrió una ligera sacudida.

Inmediatamente, buscó un sitio donde estacionar su automóvil. Una vez lo hubo conseguido, se apeó y caminó en sentido contrario, hasta llegar a la tienda que, apreció en aquel instante, era de artículos fotográficos.

Entró sin vacilar. Una mujer de mediana edad le dirigió una cortés sonrisa.

—¿Qué desea, señora?

—He visto el apellido Hutton en el rótulo del local —dijo Florence—, ¿Podría decirme cuál es el nombre del dueño?

—Lee, señora, pero...

—¿Quién pregunta por mí? —sonó una voz en aquel instante. Florence se volvió.

—¡Sargento! —exclamó.

Hutton se quedó perplejo.

—No tengo el gusto de conocerla, señora —manifestó.

—¿De veras? ¿Ya no se acuerda de Florence Langley?

El joven se quedó con la boca abierta.

—Usted... Pero no se parece a ella en absoluto...

—Estoy un poco cambiada, creo. Me alegro de haberle encontrado, sargento.

Hutton reaccionó.

—Será mejor que entre en mi despacho, Flo —decidió.

—Gracias, sargento.

Mientras cerraba la puerta, Hutton dijo:

—Flo, debe saber que dejé la Policía hace más de dos meses. Ahora soy un simple comerciante, como otros muchos. ¿Quiere un poco de café?

—Sí, encantada.

—Siéntese, por favor.

Florence accedió. Hutton tenía una cafetera eléctrica constantemente conectada.

—Sabía que había dejado la Policía —manifestó ella—. ¿Sabe usted, en cambio, que le llamé hace varias semanas?

—¿No le indicaron mi dirección en Jefatura?

—Dijeron que no podían hacerlo sin su permiso.

—Claro —murmuró él, a la vez que le entregaba una taza humeante—. Dígame, Flo, ¿está en apuros?

—Hasta cierto punto, sarg..

—Lee, simplemente, por favor —pidió Hutton.

—Muy bien. —Florence rió encantadoramente—. La costumbre, dispense.

—No se lo tomo en cuenta. Vamos, hable.

—Tengo un buen empleo y un salario más que satisfactorio. Lo que aprendí en la cárcel me sirvió de mucho.

—Me alegro sinceramente. ¿Sabe su jefe que estuvo encerrada dos años?

—Lo sabe y no le importa en absoluto. Lo único que quiere es eficiencia en el trabajo, y me parece que lo he conseguido.

—Otro motivo más de satisfacción —dijo el joven—. No sabe qué contento me he puesto. ¿Algo más, Flo?

Ella dejó la taza a un lado.

—Mi jefe está en un apuro —declaró—. Pero si usted dejó la Policía, temo que no podremos hacer nada.

—¿Se trata de algo sucio, Flo?

—No por su parte. Hay dos tipos que le visitan todas las semanas y a los que se ve obligado a pagar seiscientos dólares por «protección». El viernes pasado, sin embargo, fueron dos individuos preguntando por los primeros. Yo reconocí a uno de ellos: Nicky Chilton.

Hubo un momento de silencio. Hutton tenía la vista fija en el rostro de Florence y la vio muy agitada.

—¿La reconoció él? —preguntó al cabo.

—No. Estoy cambiada, me parece.

—Lo ha conseguido de una forma espectacular. Totalmente cambiada, se lo aseguro.

—Ahora vivo en un barrio respetable, Lee.

—Me alegro muchísimo. Pero, créame, no puedo hacer nada por

usted ni por su jefe. Yo estoy en sus mismas condiciones: pago cien dólares semanales.

—¿También? —se asombró Florence.

Hutton asintió, con una fingida triste sonrisa.

—¿Qué le vamos a hacer? —suspiró—. Oiga, Flo, ¿cómo ha conseguido ese cambio tan asombroso?

—Bueno, apenas llevo maquillaje... uso gafas, de veras las necesito; soy un poco miope, ¿sabe?; el peinado es mucho más discreto y los vestidos no digamos... Lee, no quiero volver a aquella vida —declaró la joven con vehemencia.

—No lo haga —dijo él gravemente—. Todo el mundo tiene derecho a equivocarse y los demás deben perdonar sus errores, pero la cosa cambia cuando se repite voluntariamente el error.

—Yo no lo haré, se lo aseguro.

—Eso me hace sentirme muy satisfecho. Bien, Flo, hablaré con alguno de mis antiguos compañeros, aunque no puedo prometerle nada por el momento. Me dejará su nueva dirección, supongo.

—Desde luego.

—Y —Hutton sonrió—, algún día me permitirá que la invite a cenar.

—Cuando lo desee.

—Gracias.

Florence se puso en pie. Hutton tomó su mano.

—Dígale a su jefe que aguante un poco —aconsejó.

—¿Podría hacer otra cosa? —se lamentó la hermosa joven.

—Recomiéndele que tenga paciencia, por favor,

Florence miró de frente al joven e intuyó que en aquellas palabras había algo más que un simple consejo amistoso. Pero tenía cierta experiencia de la vida y supo que no podía profundizar más en el asunto.

—Sí, se lo diré.

Salieron juntos. Hutton tomó la mano de Florence entre las suyas.

—Siga así —sonrió.

Ella hizo un leve gesto con la cabeza y salió, cruzándose con un hombre de recio aspecto, que entraba con paso decidido en la tienda. Al verle, Hutton no pudo contener un respingo de sorpresa.

—¡Teniente! —exclamó.

—¿Gomo está, Lee? —preguntó el teniente Dan McVey—. ¿Estuvo anoche con Tessie Fowler? Bueno, digo anoche por rutina...

Hutton dejó de sonreír en el acto.

—¿Me vieron en el «Hot Sex»?

—Sí. Le vieron entrar, pero no salir.

—Ya no soy un policía, teniente. Puedo hacer lo que me dé la gana —contestó el joven envaradamente.

—Cuénteme, por favor, ¿qué hizo en el «Hot Sex»?

—Llegué a la una. Alrededor de las dos, visité a la directora en sus habitaciones privadas. Estuve con ella hasta las siete y cuarto, aproximadamente. Pero ¿a qué diablos vienen todas esas preguntas, teniente?

—Tessie Fowler ha sido asesinada. El forense dice que murió entre las siete y las nueve de la mañana. —McVey alzó una mano—. Oh, vamos, no piense que le voy a acusar de ello. Sólo estoy investigando el crimen y quiero reunir la mayor cantidad de datos posibles. Usted conoce el oficio, creo.

Hutton se sentía sin aliento. El crimen, pensó, debía haber sido cometido pocos minutos después de haberse separado de la ardiente y hermosa Tessie Fowler. ¿Por qué?, se preguntó,

—No puedo decirle muchas cosas —contestó—. Simplemente, tenía ganas de divertirme un poco. Se roe ocurrió felicitar a Tessie por su espectáculo, hablé con ella y las cosas se enredaron, como sucede a veces entre un hombre y una mujer. Eso es todo, teniente.

McVey hizo un gesto de enojo.

—No sé por qué se la cargaron —masculló—. Tessie no se había metido nunca en grandes jaleos...

—¿Sospecha de alguien?

—El crimen tiene todo el sello de Perry Bloss, «El Chino», Hutton,

—Un tiro entre ceja y ceja.

—Exactamente.

* * *

Mientras apretaba el botón de llamada, Hutton pensó en Tessie, quien ahora yacía en el helado cajón del depósito de cadáveres. ¿Por qué habían tenido que matarla?, se preguntó furiosamente. Tessie podía ser muchas cosas, pero, por encima de todo, era una mujer hermosa, llena de ardor y vitalidad. Ahora no era más que un frío montón de carne, con un siniestro agujero en la frente.

Alguien le estudió desde el otro lado de una mirilla. Luego la puerta se abrió y un sujeto le miró hoscamente.

—Usted es el sargento Hutton —dijo Dust Wallahoo.

—Dimití hace unas diez semanas —contestó el joven—. ¿Puedo ver a tu jefe?

—Se lo preguntaré. Espere.

Otro matón apareció de inmediato. Era Ringo Franks, un sujeto aún menos simpático que su compinche.

—Mira a ver si lleva armas, Ringo —dijo Wallahoo.

—Está bien.

—Sólo tengo encima un palillo de dientes —rió Murtón.

—No me fío de usted, aunque ya no sea policía, como dice —gruñó Ringo Franks—, ¿Qué le trae por aquí?

—Se lo diré a tu jefe personalmente. Luego, él te lo contará, si quiere.

Wallahoo apareció en el umbral de otra puerta.

—Venga, Hutton.

El joven echó a andar. Instantes después, entraba en un lujoso despacho, en el que se hallaba un hombre de unos cuarenta y cinco años, situado junto a una mesita con servicio de licores.

—Es una sorpresa muy agradable, sargento —sonrió Holmes—. Bueno, aunque me han dicho que ha dejado el Cuerpo, cosa que también es una sorpresa. ¿Por qué lo dejo?

—Heredé un negocio de mi tío Silas. Estaba cansado de correr detrás de la gente.

—Sí, me lo imagino. —Holmes se le acercó con un vaso en la mano—. Tome, beba...

—No, gracias, no es mi hora. Señor Holmes, quiero pedirle un favor.

—¿Dinero, tal vez?

Hutton se rascó el cogote.

—Pues... en cierto modo... Verá, el caso es que tengo que pagar cien dólares semanales a... Bien, usted ya sabe qué pasa en estos casos; unos tipos vienen a pedirte dinero para protección. . Diablos, el negocio es bueno, pero cien dólares son casi mis ganancias y no me queda apenas más que lo justo para comer. ¿No podría usted conseguir de alguien que me rebajasen la cuota hasta la mitad?

Holmes endureció el gesto.

—Sargento, ¿quién se ha creído que soy yo? —exclamó—, Mis negocios son perfectamente respetables, ¿entiende? Yo no tengo nada que ver con esta banda de extorsionistas y lo único que querría es que la Policía les encerrase a todos por el resto de sus días. Saiga de aquí inmediatamente y no vuelva a verme jamás. ¿Ha comprendido?

El joven se batió en retirada.

—Dispense, pero yo creí que...

—No puedo hacer nada, eso es todo.

—Sí, sí, señor... Dispense...

Hutton guardó para sí el detalle de las finísimas gotas de sudor que habían aparecido en la frente del sujeto. «Ya lo creo que tienes que ver con el asunto. Y mucho», pensó, aunque ocultó el pensamiento detrás de una tímida sonrisa de disculpa al retirarse precipitadamente.

Holmes despachó el whisky de un solo trago, furioso por aquella inesperada visita. ¿Cómo diablos se le había ocurrido a aquel maldito ex policía pedirle una cosa semejante?

Wallahoo entró en aquel instante.

—Jefe, tiene muy mala cara —observó.

—Hutton me ha puesto de mal humor —dijo Holmes—. ¿Qué noticias hay de Coud y Spellane?

—Nada, jefe; parece como si se los hubiera tragado la tierra. A veces pienso que se fugaron con la «recaudación»...

—¿Con ocho mil ridículos dólares? No seas tonto, Dust; les ha pasado algo y me gustaría saber qué ha sido exactamente.

—Nicky Chilton y Honey Mobson están investigando a fondo, pero hasta ahora no han conseguido nada. Pienso que tendrán que tomar el puesto de los otros dos; el negocio tiene que continuar, me parece.

—Sí, que sigan ellos —decidió Holmes—. En cuanto a Spellane y Coud, que el diablo tenga piedad de ellos si aparecen, ¡porque yo no pienso tenerla!

CAPITULO V

La puerta se abrió. Coud y Spellane prorrumpieron en su acostumbrada sesión de improperios contra su carcelero. Impasible, Hutton dejó en el suelo la bandeja con agua y comida, —Hasta mañana, chicos —dijo.

—¿Cuánto tiempo va a tenernos encerrados? —gritó Spellane.

—Hasta que habléis —contestó el joven indiferentemente.

—Podemos aguantar mucho —gruñó Coud.

—Yo también —sonrió Hutton—, pero ya veremos si dices lo mismo cuando Siegue la temporada de lluvias y el río se salga de madre.

—Debe de haber mucha distancia —supuso Spellane.

—Una cosa es distancia y otra altura. La altura es escasamente de seis metros. El año pasado, la crecida alcanzó casi los siete metros y fue una digamos normal. Hubo un año en que llegó a los nueve metros diez centímetros. ¿Sabéis nadar?

Hutton no esperó a la respuesta de sus prisioneros. Lanzó una burlona carcajada y cerró la puerta. Por un momento, sin embargo, sintió un leve desfallecimiento y se preguntó si lo que estaba haciendo daría resultado algún día. Luego reaccionó y llegó a la conclusión de que era preciso ser paciente.

De pronto, pensó en Florence Langley. Miró su reloj de pulsera; lástima que fuese ya tarde para invitarla a cenar.

Lo hizo al día siguiente y ella aceptó sin vacilar. A las siete en punto fue a recogerla a su casa y luego se encaminaron hacia el restaurante elegido, agradable y discreto,

Florence estaba encantadora, aun con las gafas, grandes, modernas, y el vestido a cuadros, de manga corta, hasta la mitad del brazo,

—Está totalmente cambiada —dijo él—, Absolutamente distinta de la que conocí hace tres años.

—Era otra entonces —se ruborizó la joven—. Usted lo sabe bien.

Hutton asintió.

—Lo sé y siento verdaderamente no haber podido evitar lo que pasó —repuso.

—Al menos, consiguió una sustanciosa reducción en la sentencia, al declarar a mi favor. Otro no lo hubiera hecho, se lo aseguro.

—Me pareció que era lo adecuado. En el fondo, le tendieron una encerrona.

—Sí —dijo ella sordamente—. Fue una encerrona, pero yo tuve la culpa, por no haberme marchado inmediatamente de la ciudad.

—¿Por qué no lo hizo, Flo?

Ella rió amargamente.

—Usted, ¿qué cree? Me gustaba aquella vida, el dinero que ganaba, las adulaciones, los halagos... y también pensé que no se atreverían a hacerme lo que me hicieron, así de sencillo. Pero, hasta cierto punto, me alegro de lo que me pasó. Eso rae hizo abrir los ojos, ¿comprende?

—De todos modos, dos años de presidio es una experiencia muy poco agradable.

—Ya ha pasado y soy joven todavía...

—¿Cuánto, Flo?

Ella le miró maliciosamente,

—¿Es necesario que le conteste?

El camarero vino en aquel momento con una apetitosa fuente.

—Dediquémonos al asado —exclamó Hutton jovialmente—. Luego, si quiere, contesta a mi pregunta. Y si no lo desea, no me enfadaré, se lo aseguro, —Es usted un hombre encantador, tan distinto del que conocí en otro tiempo —dijo ella.

—Entonces era el mismo, sólo que debía aparentar lo que era. Flo, ¿le preocupa la línea?

—En absoluto.

—Entonces, ¡coma!

Florence volvió a reír. La cena transcurrió por derroteros sumamente agradables. Luego, de forma inevitable, volvió al tema que les preocupaba.

—Chilton va acompañado siempre por Honey Mobson —dijo.

—Ese tipo gigantesco, que parece King Kong vestido por un sastre analfabeto, ¿verdad?

—Sí, el mismo.

—Flo, voy a repetirle lo mismo que le dije el otro día:

Tenga paciencia.

Ella apretó los labios ligeramente. Si, Hutton sabía mucho más de lo que aparentaba, pero no podía hacerle preguntas, porque sabía que no serían contestadas.

Más tarde, Hutton la dejó en la puerta de su casa.

—Volveré a llamarla otro día —prometió.

—La cena le ha costado un ojo de la cara. No quiero que haga un gasto tan grande por mí, Lee.

—Ha sido un placer...

Ella le tendió la mano.

—El próximo día, cenará en mi casa.

Hutton miró a la joven y sonrió.

—Sí, seguro.

Entró en el bar y se acodó en el mostrador, junto a un tipo desastrado, que parecía sumido en los vapores del alcohol. Agitó una mano y vino la camarera, gorda y tetuda.

—Hola —dijo—. ¿Qué quiere tomar?

—Whisky. Doble.

—¿Tiene dinero? —preguntó la mujer poco amablemente.

Hutton puso un billete de dos dólares sobre el mugriento mostrador.

—Quédese la vuelta —dijo.

—Gracias, Rockefeller.

La camarera trajo el vaso en seguida. El codo de Hutton rozó el brazo del astroso individuo que tenía a su derecha.

—Mac, ¿dónde puedo encontrar a «El Chino»? —preguntó en voz apenas audible.

Ross MacDonald le miró rápidamente con su único ojo. Con toda discreción, Hutton le enseñó dos billetes de cinco dólares.

—Dímelo, Mac.

—¿Serás discreto, sargento?

—Una tumba.

—Calle Strand, ochocientos uno, 7 C.

—Gracias. —Los billetes cambiaron de mano—. ¿Te lo ha preguntado el teniente McVey?

—Sí, pero no he querido decírselo —respondió el confidente.

—¿Por qué, Mac?

—Hombre, me arrestó hace poco y me obligó a bañarme y a desinfectarme... Hizo que me rapasen el pelo,. Esa no es manera de comportarse con las personas, ¿no te parece, sargento?

Hutton contuvo una sonrisa.

—A veces, es un poco cascarrabias —dijo—. Bébetelo mi whisky, Mac.

El confidente no se lo hizo repetir dos veces. Hutton abandonó la taberna. Al salir, respiró a pleno pulmón el aire puro de la noche. En aquel local, el olor de un arenque podrido les habría parecido el más refinado de los perfumes.

Luego, con paso rápido, se encaminó en busca del asesino de Tessie Fowler.

Dormía despatarrado, boca arriba, roncando estrepitosamente, sin darse cuenta de que alguien le miraba en silencio. Hutton meneó la cabeza. Sí, aquel individuo era el asesino de Tessie.

Los ojos, ligeramente oblicuos, habían dado origen al apodo. Quizá, entre sus antepasados, figuraba algún oriental. En todo

caso, era lo de menos, se dijo, mientras agarraba con dos dedos la nariz del sujeto y la sacudía con todas- sus fuerzas.

Perry Bloss chilló frenéticamente, a la vez que manoteaba, buscando algo bajo la almohada. Hutton se echó a reír.

—No te molestes, lo tengo yo —dijo.

Soltó la nariz y retrocedió un par de pasos. Bloss le miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Sargento...

—Hola, «Chino» —saludó Hutton.

El asesino se había sentado en la cama.

—¿Qué quiere de mí?

—¿Quién te ordenó matar a Tessie Fowler?

—Ah, conque era eso...

—En efecto, «Chino».

—No sé nada, sargento.

Hutton no se molestó en decir al asesino que ya no pertenecía a la Policía; no valía la pena perder el tiempo en explicaciones.

Súbitamente, se arrojó sobre Bloss y, agarrándole por los tobillos, tiró de él hasta sacarlo de la cama. Acto seguido lo mantuvo en alto, con la cabeza a un palmo del suelo.

—¿Quién? —preguntó de nuevo.

—Váyase al infierno —contestó el asesino.

Entonces, Hutton empezó a subir y bajar los brazos, como si tuviera en sus manos una apisonadora manual. La cabeza de Bloss chocó sordamente contra el suelo,

Hutton sabía que un golpe o dos no impresionarían a

Bloss. Pero cuando llegó al número diez, Bloss lanzó un aullido.

—¡Basta! ¡Basta! —gimió.

Impasible, Hutton continuó su tarea. «Pom, pom, pom...»

Al cabo de unos momentos, Bloss golpeó el suelo con las dos manos.

—Por favor... No sé nada... Sólo un número de teléfono...

—Será suficiente —dijo Hutton—. Habla.

Bloss citó unas cifras. Hutton abrió las manos y el sujeto cayó, al suelo, completamente derrotado.

—Me quejaré por brutalidad policial...

—Se reirán de ti, idiota. A ver, repite ese número, quiero apuntármelo.

El asesino yacía en el suelo, incapaz de moverse, sintiendo un enorme estruendo en el interior de la cabeza. Pero Hutton no había terminado todavía.

Minutos más tarde. Bloss yacía sobre la cama, atado y amordazado con tiras hechas de sus propias sábanas. Con ojos desorbitados, vio a Hutton avisar a la Policía.

—Ellos se portarán con más corrección, pero te tendrán a la sombra durante lo que te queda de vida —se despidió.
El revólver quedó en el suelo; era la prueba que serviría para condenar a un despiadado asesino.

* * *

Al salir del despacho de Rodney, en unión de su compinche, el gigantesco Honey Mobson, Chilton se detuvo un instante frente a la mesa ocupada por Florence.

—A usted la conozco yo, guapa —dijo—. ¿Dónde nos hemos visto antes de ahora?

Florence procuró dominar los turbulentos latidos de su corazón.

—Está equivocado —contestó fríamente—. Nunca nos habíamos visto hasta que usted vino a este lugar.

Chilton soltó una risita burlona. Le gustaba imitar al Richard Widmark de los buenos tiempos.

—Creo que se equivoca, pero no insistiré. Anda. Honey, vámonos.

Los dos hampones salieron del despacho. Florence creyó por un momento que iba a desmayarse.

Si Chilton confirmaba sus sospechas, ella se vería nuevamente en un gravísimo apuro. Y esta vez, quizá, no tendría tanta suerte... si se podía llamar suerte al hecho de haber tenido que cumplir una condena de dos años en la cárcel de mujeres de Corona.

Se preguntó qué podría hacer. No tenía a nadie a quien recurrir... y aunque Rodney se había mostrado comprensivo con su pasado, podía cambiar de modo de pensar. De repente, se acordó de Lee Hutton.

Segundos después, llamaba al joven por teléfono:

—Lee, Chilton acaba de salir. Creo que me ha reconocido. Yo lo he negado, pero no se ha marchado muy convencido —dijo.

Hutton hizo un gesto de contrariedad.

—Tranquilícese, Florence, por favor.

—Estoy muy nerviosa...

—No tenga miedo. Yo me ocuparé de que no le pase nada.

—¿Vendrá hoy a mi casa? Podríamos cenar juntos y discutir...

—No sé si hoy me será posible —contestó Hutton—. De todos modos, váyase a su casa y enciérrese con llave. No abra a nadie. En todo caso, yo la llamaría previamente, pero, repito, no tema. ¿Hará lo que le he dicho?

—Sí, se lo prometo, Lee.

Hutton dejó el teléfono, muy preocupado por la inesperada noticia. Estuvo quieto un instante y luego fue a su despacho,

dejando a Gertie al cuidado de la tienda.

Tenía la impresión de que Chilton y su mono gigante iban a llegar muy pronto y quería estar preparado para el encuentro.

En aquellos momentos, Chilton lanzaba una exclamación:

—¡Ya está, ya sé quién es!

—¿Cómo? —dijo Mobson, atento al volante.

—Sí, hombre, sí... Lo que pasa es que está completamente cambiada... ¿Ya no te acuerdas de Rosie Star? Su verdadero nombre es otro, pero ella usaba ése cuando actuaba en el «Kittle's».

—Rosie Star... —repitió el gigante.

—Para un momento —ordenó Chilton—. El jefe tiene que saberlo. Le gustará enterarse de la noticia. Siempre quiso saber qué había sido de Rosie al salir de la cárcel.

Mobson arrimó el coche a la acera. Chilton saltó al suelo y corrió hacia la cabina de teléfonos, en cuyo interior estuvo cosa de un par de minutos. Al regresar, se sentó con cara de satisfacción.

—Al jefe le ha gustado muchísimo —dijo—. Sigue, Honey.

—Muy bien, ¿Adónde vamos ahora, Nicky?

Chilton sacó una agenda de su bolsillo.

—Está cuatro manzanas más adelante. Es una tienda de fotografía y pertenece a un tipo llamado Hutton.

—Hutton... ¿no era un tipo que pertenecía a la policía?

—Sí, pero heredó el negocio de su tío y dimitió de su cargo. Tiene que darnos cien «pavos», Honey.

—Si fue policía, puede que se niegue...

Chilton soltó una risita.

—Tú le convencerás de que pague, ¿no es cierto, Honey?

Mobson rió también.

—Seguro, Nicky, seguro —contestó.

Los dos hombres siguieron su camino, ignorantes que se dirigían al encuentro con un ex sargento de la policía, que les aguardaba con dos vasos de whisky, bien cargados de narcótico.

CAPITULO VI

La puerta del encierro se abrió bruscamente. Spellane y Coud, acurrucados, envueltos en las mantas, se levantaron al mismo tiempo, ahora asombrados al ver a Hutton apuntándoles con una escopeta de dos cañones, en lugar del revólver que usaba habitualmente.

—Os traigo compañía —dijo el joven.

Los prisioneros vieron dos cuerpos tendidos en el Suelo, vestidos, como ellos, con sendos monos. Spellane los reconoció bien pronto.

—Es usted muy astuto, pero lo pagará algún día —dijo rencorosamente.

Hutton retrocedió un par de pasos, sin dejar de encañonarles con el arma.

—Aquí os vais a pudrir hasta que soltéis la lengua —contestó con frialdad—. Vamos, entrad a vuestros compinches. Cuando despierten, podéis contarles cómo están las cosas.

Coud y Spellane arrastraron sucesivamente a los dos inconscientes compañeros de cautiverio. Al cerrar la puerta, Hutton añadió:

—En seguida os bajaré raciones para cuatro.

—La comida es escasa —se quejó Coud.

—Puedes comerte la ración de hoy de esos dos; por un día que pasen hambre, no se van a morir. Y ya sabéis, cuando tengáis ganas de hablar, me lo decís.

—¿Nos soltará entonces? —preguntó Spellane ávidamente.

El joven me miró con fijeza durante un instante.

—Me lo pensaré —respondió al cabo.

—¡Oiga! No va a tenernos aquí encerrados toda la vida.

Coud se calló. Hutton ya no le oía, porque había cerrado la puerta.

Entonces, loco de ira, prorrumpió en una sarta de espantosos juramentos, que sólo cesó cuando notó que se quedaba sin respiración.

—Laze, deberíamos ceder... —gimió, desmoralizado.

—Ni hablar —contradijo Spellane—. Mira quién está ahí, dormido. Honey tiene la fuerza suficiente para derribar diez puertas como ésa al mismo tiempo.

Los ojos de Coud chispearon.

—Es cierto. —De pronto, se echó a reír—. Creo que Hutton ha cometido un inmenso error al traernos a Honey, ¿no te parece?

—Estoy convencido de ello, Ben.

Dos horas más tarde, Mobson y Chilton estaban enterados de su

situación. El gigante, completamente recuperado, se puso en pie.

—Ahora vais a ver lo que es bueno —dijo, llenándose los pulmones de aire.

Sonrió orgullosamente.

—Cuando le ponga la mano encima, le voy a arrancar brazos y piernas en vivo, uno a uno —añadió.

Volvió a tomar aire y, de pronto, se lanzó hacia adelante con todas las fuerzas de sus ciento diez kilos.

El choque hizo retemblar los muros, pero la puerta resistió. Mobson rebotó y cayó al suelo, aturdido por el impacto.

—No es posible —murmuró.

Una segunda prueba le convenció de la inutilidad de sus esfuerzos. Sorprendido amargamente, se sentó en el suelo.

—Esperaremos a que regrese —dijo—. Me lanzaré sobre él...

—le lanzarás sobre una escopeta de dos cañones —aseguró Spellane, presa de un amargo pesimismo.

* * *

Hutton apareció con un enorme ramo de flores, que hizo sonrojarse de satisfacción a su destinataria. Florence tomó las flores, dio las gracias al invitado y le acompañó hasta la sala,

—Sírvase usted mismo de beber —dijo—. La cena estará muy pronto,

—Gracias, Flo.

Resultó una velada muy agradable. Al terminar, Hutton preguntó a la joven dónde había aprendido a cocinar tan bien.

—Oh, ha sido sencillo. Tengo un libro de recetas... y algo de instinto, claro —sonrió Florence, Se puso en pie—, Vaya al diván; le llevaré el café y el coñac.

—No se deja detalle, ¿eh?

—El libro de cocina incluye también un apartado sobre el comportamiento con los invitados.

—Entiendo. Podemos añadir la gracia natural, cosa no menos importante, Flo.

Ella volvió a ruborizarse. Era una mujer encantadora, pensó Hutton, mientras encendía un cigarrillo. Ahora resultaba completamente distinta a la Rosie Star de años atrás. Y le gustaba que fuera así.

Un poco más tarde, Florence le hizo una pregunta,

—No se preocupe; Nicky no la molestará más —respondió él.

—¿Qué quiere decir con eso, Lee?

—Exactamente lo que he dicho, Flo.

—Oiga, no habrá...

Hutton se echó a reír.

—No tema, no he recurrido a procedimientos drásticos. Sólo digo que Chilton no la molestará,

—Muy bien, acepto su afirmación y le agradezco lo que ha hecho por mí. Lee, dígame una cosa, ¿le gusta su nuevo trabajo?

—Pues... —Hutton torció el gesto—. Creí que me gustaría, pero empiezo a aburrirme. Es seguro, da ciertas ganancias, pero resulta terriblemente monótono.

—No le gusta encadenarse a un sitio durante un horario fijo, ¿verdad?

—Algo hay de eso, en efecto.

—Pero en la policía corría riesgos...

—Menos de los que se piensa, aunque es obvio que uno no puede descuidarse nunca.

—Entonces, ¿por qué lo dejó?

—Sufrí una ligera depresión. Fallé en un caso y rae desmoralicé, Entonces, fue cuando recibí la noticia de la muerte de tío Silas y dimití de mi puesto.

—¿Sólo por fallar en un caso dejó la Policía? No demostró tener la paciencia que a mí me aconseja casi de continuo, Lee.

—Lo siento. El error, la depresión momentánea, un fiscal demasiado severo, porque era amigo del inculpado, el amor propio... Todo se conjugó simultáneamente. Trate de comprenderme, Flo.

Ella le miró con simpatía.

—Preveo que un día dejará el negocio y volverá a su sitio —dijo.

—Es posible. En todo caso, no será mañana.

—¿Sigue pagando los cien semanales, Lee?

Hutton pensó un momento en sus dos nuevos prisioneros. ¿Quiénes serían los dos siguientes?, se preguntó.

—No hay otro remedio —contestó.

Florence adivinó que el joven le ocultaba algo. El instinto, la intuición, una especie de presentimiento, le decían que Hutton tramaba algo para librarse de aquellos voraces extorsionistas, pero no se atrevió a preguntarle nada sobre el particular. Un día, estaba segura, Hutton le contaría todo.

—Flo —dijo él de pronto.

—¿Sí, Lee?

—El domingo... Parece que anuncian buen tiempo. ¿Le gustaría que nos fuésemos a pasar el día al campo?

—Encantada, Lee —aceptó ella de inmediato.

Más tarde, cuando salió de la casa, Hutton tanteó con la mano su agenda de notas.

Ya sabía a quién correspondía el teléfono que le había indicado «El Chino». Sin embargo, quería dejar pasar algún tiempo, a fin de ver la forma de que Barry Holmes pudiera cometer un error, que le hiciera caer en la derrota de un modo irremediable.

* * *

El puño de Holmes se abatió con fuerza sobre la mesa.

—¡Por todos los diablos! —bramó—. ¿Es que también esos dos se han marchado de la ciudad?

—Nadie sabe dónde están, jefe —contestó Wallahoo—. He preguntado en cientos de sitios y ninguno ha sabido darme una respuesta medianamente satisfactoria.

—Quizá podríamos preguntarle a Hutton —intervino Franks de pronto.

Holmes volvió la cabeza en el acto.

—¿Por qué a Hutton? —quiso saber.

—Le diré, jefe. Según mis noticias, Chilton y Mobson fueron a la tienda del ex policía como final de su ronda. Entraron allí... y si salieron, nadie les ha visto.

Holmes entornó los ojos.

—¿Crees que Hutton tiene algo que ver con este asunto? —murmuró.

—A mí no me parece hombre capaz de resignarse a pagar cien dólares semanales sin protestar. Una o dos veces, no digo que no..., pero de una forma continuada, le harían saltar como una fiera. No, Hutton no es tipo que soporte una cosa así, sin acabar protestando de una forma u otra.

—¿Crees que se ha «cargado» a los cuatro muchachos? —se alarmó Holmes.

—No me extrañaría en absoluto, jefe.

—Diablos, —Holmes hizo una mueca—. Sería espantoso...

—En todo caso, ellos no hablarán ya. Pero tampoco podemos seguir así, jefe.

Los dedos de Holmes tabalearon sobre la mesa.

—Has dicho antes que Hutton frecuenta la compañía de Rosie Star.

—Sí, se ven a menudo. Parece que simpatizan bastante... Holmes movió la mano.

—Hay que traerla aquí —dijo—. Haremos que hable.

—¿Y si se niega?

—¿De veras crees que se va a negar? —dijo Holmes, sonriendo torcidamente—. Te aseguro que hablará y nos contará todo lo que sepa acerca de Hutton.

Hutton examinó con ojos críticos el reloj de oro, antiguo y muy bonito, sosteniéndolo por la cadena del mismo metal, gruesa, pesada, y luego miró al prestamista.

—Debe de valer, mucho. «Dingo» —dijo al cabo.

Ronnes sonrió amistosamente.

—Te haría una buena rebaja, Lee —contestó.

—¿Cuánto?

—Abre la tapa. Los números están hechos con zafiros. Además, en el interior, hay una cajita musical, con la «Canción de cuna», de Brahms.

Las notas de la melodía sonaron casi en seguida. Hutton escuchó complacidamente y luego devolvió el reloj a su dueño.

—No puedo —dijo.

—Cuatrocientos y no se hable más. Te admitiré ocho plazos, a cincuenta mensuales, sin intereses. —Ronnes empujó el reloj hacia su visitante—. Vamos, no seas remilgado; si estuvieses en la policía, podría hablarse de soborno, pero ahora eres un ciudadano particular y nadie puede reprocharte que hagas un trato conmigo.

—De acuerdo, me lo quedo —aceptó el joven finalmente—. «Dingo», dime una cosa.

—¿Qué es, muchacho?

—¿Crees a Holmes capaz de ordenar un asesinato?

Ronnes entornó los ojos.

—Ese tipo es capaz de todo —murmuró,

—Me lo figuraba —dijo Hutton lentamente.

—¿Por qué me has hecho esa pregunta? —quiso saber Ronnes.

—Tessie fue asesinada, ¿no lo sabías?

El prestamista asintió.

—Una canallada —calificó.

—Por fortuna, «El Chino» está preso. Cuando se vea en apuros, hablará.

—¿Lo crees así, Lee?

Hutton soltó una risita.

—Esa muerte está relacionada con el asunto de la «protección». El fiscal se mostrará inclinado a un trato,, si «El Chino» despega los labios.

—No me cabe la menor duda —convino Ronnes—. Créeme, me gustaría que Holmes fuese a parar a la cárcel para el resto de sus días.

—Tarde o temprano, eso es lo que sucederá. ¿Me envuelves el reloj?

—Claro, muchacho.

Florence salió de su casa, con el bolso en la mano y las llaves del coche en la otra. Iba a hacer algunas compras, a fin de preparar la comida para la excursión del domingo. El conserje del edificio la despidió con un afectuoso saludo.

Ella entró en el coche y se sentó tras el volante. Apenas hubo dado el contacto, oyó una voz a sus espaldas:

—Conduce con normalidad, Rosie Star. No hagas ningún gesto, no vuelvas la cabeza o te la volaré de un disparo, ¿entendido?

Las manos de la joven temblaron convulsivamente.

—¿Qui... quién es usted?

—Eso no te importa ahora, ¡Arranca!

Florence se vio constreñida a obedecer, terriblemente amedrentada. Una vez más, se dijo, su pasado turbulento volvía para amenazarla y ennegrecer el futuro que había elegido.

En la acera, un individuo agitó la mano hacia el coche.

—¡Eh, Ringo! ¡Ringo Franks! ¿Adónde vas? Espera, maldita sea...

Wallahoo bajó la mano, a la vez que hacía un gesto de contrariedad. Luego se volvió hacia el conserje, sonriendo con aire de disculpas.

—Ese Ringo... En cuanto ve una cara bonita, se olvida de sus amigos...

—¿Es amigo ese hombre de la señorita Langley? —preguntó el portero asombrado.

—Sí. Seguramente, se escondió en el coche para darle una sorpresa... Bueno, adiós, buen hombre.

Wallahoo se alejó silbando. El portero del edificio se rascó la mandíbula preocupadamente. La verdad, no encontraba nada atractivo al amigo de Florence. Pero, claro, el aspecto personal no significa nada. Y, además, dado su empleo, la discreción era la norma obligada y no tenía por qué meterse en los asuntos privados de los inquilinos del edificio.

Hutton llegó un par de horas más tarde y entró en el vestíbulo. El conserje, al verlo, alzó una mano para llamar su atención.

—Señor Hutton...

El joven detuvo su marcha.

—¿Sí, Robert?

—Busca a la señorita Langley, supongo.

—A su casa voy, en efecto —sonrió Hutton.

—Lo siento, pero no está. Se ha marchado.

Hutton perdió la sonrisa en el acto.

—No tardará mucho, supongo.

—Pues., no puedo decírselo. Se fue con un amigo.

—¿Un... amigo?

—Sí, la esperaba en el coche. Por lo visto, quería darle una sorpresa, es todo lo que puedo decirle. Ah, también sé su nombre. Otro individuo llegaba en aquel momento y llamó al amigo de la señorita Florence, pero éste ya no le oyó. Ese tipo fue el que me dijo que el amigo de la señorita se llama Ringo Franks.

—¡Franks! —repitió el joven explosivamente.

—¿Lo conoce usted, señor?

Hutton calló durante unos segundos. La cosa estaba bien clara, se dijo.

Habían secuestrado a Florence, dejando el rastro suficiente para que él lo supiera y acudiese al rescate. No le cabía la menor duda, ya que, de otro modo, el desconocido no habría pronunciado ningún nombre comprometedor. Seguramente, calculó también, era Wallahoo.

Por tanto, sabía dónde encontrar a la muchacha. Y la encontraría, pero, al mismo tiempo, evitaría iodo riesgo.

Sonrió, fingiendo un buen humor que no sentía.

—Sí —dijo al cabo—. Lo conozco; es un muchacho de todas prendas. Gracias, Robert.

—No hay de qué, señor Hutton.

CAPITULO VII

Estaba en pie, vestida solamente con el sostén y las bragas, sujetas las muñecas por sendas cuerdas que iban a dos anillas situadas en la pared, a dos metros del suelo. Delante de ella, Holmes fumaba apaciblemente un grueso cigarro.

—¿Qué te ha dicho Hutton? —preguntó.

—No sé nada. El no *me* cuenta sus cosas...

—Mira. Rosie Star, procura que no se rae agote la paciencia. Sé buenecita y suelta todo lo que sepas. Te prometo solemnemente que te marcharás de aquí, sin sufrir el menor daño. De lo contrario, ¿sabes lo que te puede pasar?

—Lo soportaré todo...

—¿De veras? —se burló Holmes—. ¿Qué crees que dirán los de Narcóticos si te encontrasen con treinta o cuarenta gramos de droga encima?

Los ojos de Florence se dilataron por el terror.

—Usted no puede hacer eso...

—Claro que lo haría —contestó Holmes, riendo cínicamente.

—Ya lo hizo en una ocasión y no le vendría de nuevas —dijo la muchacha con acento lleno de rencor—, Pero ahora, yo le denunciaría por secuestro.

Wallahoo estaba a la izquierda de Holmes. Este, sin volver la cabeza, dijo:

—¿Has oído, Dust? ¡Dice que nos va a acusar de secuestro! Pero si todos la han visto en su coche con un amigo...

—¡Eso no es cierto! —protestó Florence.

—¿Quién va a creer lo contrario? Mira, Rosie, dejémonos ya de historias y empieza a hablar.

—No sé nada, ni se lo diría, aunque, lo supiera.

Holmes se mordió los labios un instante. Luego hizo un gesto con la cabeza.

—¿Dust?

—Sí, jefe.

—Ve afuera con Ringo. Tengo la sensación de que Hutton no puede tardar mucho.

—Sí, señor.

—Cuidado con él. No os paséis; sólo unos cuantos golpes, para dejarlo bien «blando», ¿entendido?

—Descuide, jefe.

Wallahoo abandonó la estancia. Holmes quedó a solas con la joven.

Florence sintió frío al notar la mirada del sujeto clavada en su cuerpo. Holmes avanzó lentamente hacia ella y metió el índice entre uno de los tirantes de su sostén y la carne.

De pronto, dio un tirón. Otro segundo tirón dejó al descubierto los hermosos senos de la joven. Florence se mordió los labios, mientras percibía las suaves risas del sujeto.

Las manos de Holmes acariciaron aquellas dos redondas semiesferas, firmes, de perfectos contornos, rematadas en los rosados vértices de los pezones. Florence sintió infinita vergüenza, pero trató de alejar su mente de lo que le estaba sucediendo.

Luego notó que rasgaba el fino tejido de las bragas y quedó completamente desnuda. Frente a ella, Holmes emitió un gruñido inarticulado.

—Eres... terriblemente hermosa —dijo roncamente.

De súbito, Florence alzó una de sus rodillas y golpeó la ingle del sujeto. Holmes lanzó un aullido y cayó hacia atrás, con las manos en el bajo vientre.

Al cabo de unos momentos, pudo ponerse en pie. Sus ojos despedían chispas de ira.

—Putas asquerosas... Ahora vas a saber...

Se acercó a ella con el puño derecho en alto y Florence volvió a golpearle. No la habían descalzado y el tacón de su zapato derecho, fuerte, de media altura, se clavó en el estómago de Holmes, arrancándole un segundo chillido de dolor.

Holmes dio dos vueltas sobre sí mismo, vomitando una atroz serie de imprecaciones. De pronto, se sintió acometido por una violenta náusea y tuvo que apoyarse con ambas manos en una mesa que había en aquel lugar.

Transcurrieron algunos minutos. Holmes volvió lentamente a la normalidad. Pero su mente seguía poseída por la cólera y, al erguirse, giró lentamente, mientras se quitaba el cinturón.

Era de cuero, ancho, fuerte, rematado en una artística hebilla de metal bronceado. Florence volvió a sentir miedo, al apreciar la horrible sonrisa que se dibujaba en el rostro del sujeto.

—Esto despegará tu lengua —aseguró Holmes.

Y levantó la mano que sostenía el cinturón.

* * *

Antes de su ascenso a sargento, Hutton había pertenecido durante dos años a una de las unidades especiales de la Policía. Su estancia en S.W.A.T, le había hecho aprender muchas cosas, que no había olvidado en absoluto.

El secuestro había sido planeado con mucha habilidad, especuló. No cabía la menor duda de que habían querido que se enterase, para atraerle a una trampa. Desde la oscuridad, contempló la casa de Holmes. Habría gente en el jardín esperándole.

Un par de hombres, no más. A Holmes no le convenía que sus asuntos fuesen conocidos por demasiada gente. Muy despacio, Hutton avanzó en la oscuridad hacia el jardín, bordeado por una sencilla valla de madera. Holmes vivía en un barrio en el que tenía que aparentar que era un honesto hombre de negocios. Una sólida tapia habría despertado las sospechas inmediatamente, al desentonar por completo de las demás residencias del contorno.

Hutton llegaba a la casa por retaguardia. Los hombres de Holmes, calculó, aguardarían en la parte delantera, pensando que iba a aparecer como un huracán, dispuesto a arrollarlo todo, y se habrían preparado para una eventualidad semejante. Bien, era preciso ser listo, más listo que ellos.

Salvó la valla y continuó su avance, buscando deliberadamente las zonas más sombreadas. De pronto, divisó la silueta de un hombre parado a seis o siete metros de distancia.

El sujeto estaba de espaldas, junto a una de las esquinas del edificio, con la vista fija en la avenida por la que esperaba llegase él. Lo primero en que pensó Hutton fue en saltar sobre él, pero la distancia era un tanto excesiva y pensó que el otro se daría cuenta antes de que se produjese el contacto.

En aquel instante, el individuo volvió la cara un poco. Hutton pudo reconocerle. Era Wallahoo.

Entonces se le ocurrió una idea. Retrocedió unos pasos y sacudió con fuerza unos arbustos. Wallahoo, alarmado, se volvió.

—Ayúdame, Dust... —jadeó Hutton, agitándose como si luchara con alguien—. Este condenado tiene... mucha fuerza...

Wallahoo echó a correr inmediatamente hacia la esquina posterior.

—Aguanta, Ringo —aconsejó.

Un instante después, alcanzaba la esquina. Entonces, un puño salió con terrible violencia al encuentro de su mandíbula. Wallahoo comprendió demasiado tarde la trampa en que había caído. Pero ya estaba viendo todas las estrellas del firmamento y caía hacia atrás, sin sentido.

Hutton se deslizó rápidamente hacia la parte delantera. Asomó la cabeza y vio a otro sujeto que recorría la fachada.

Salió de la esquina, pero dando la espalda a Franks. Este se le acercó con aire receloso.

—¿Nada todavía, Dust?

Hutton calló. Franks sé le aproximó más todavía.

—Quizá ese maldito Hutton quiera jugarnos una mala pasada —apuntó.

—Sí, seguro —contestó el joven, a la vez que se volvía con la sonrisa en los labios.

Franks lanzó una espantosa maldición. Quiso saltar hacia atrás, pero el puño de Hutton volaba ya hacia su estómago, haciéndole curvarse sobre sí mismo. Luego, el mismo puño cayó sobre su nuca, dejándole sin sentido instantáneamente.

Hutton le registró, quitándole la pistola, que arrojó hacia unos arbustos cercanos. Luego corrió hacia la casa.

Abrió muy despacio. El silencio era absoluto en el interior del edificio. No se percibía el menor sonido.

Había varias puertas y una escalera que conducía al primer piso. De repente, Hutton oyó un extraño sonido.

Era como el chasquido de un látigo. La sangre le hirvió en las venas instantáneamente. Pero, con la cabeza fría, se dio cuenta de que no había oído el grito que debería seguir al latigazo. ¿Acaso Florence tenía la boca tapada por una mordaza?

El ruido procedía de una puerta situada a su izquierda. Corrió hacia ella y la abrió sigilosa, pero rápidamente.

—Bueno —decía Holmes en aquel momento, con el cinturón en alto—, sólo te hice una demostración, peto veo que es inútil. El siguiente te hará una bonita marca en ese pellejo tan precioso que tengo a la vista. ¡Y seguiré hasta que hables! ¿Me oyes...?

De pronto, Holmes se dio cuenta de que Florence tenía la vista fija en otro punto. Antes de que pudiera hacer nada, una fuerte mano le arrebató el cinturón. Luego, el cuero se estrelló contra su rostro, haciéndole retroceder, a la vez que emitía un alarido de dolor.

Ciego de cólera por lo que había visto, Hutton azotó despiadadamente al sujeto, persiguiéndole por la habitación, hasta que Holmes, con las ropas destrozadas, cayó al suelo, suplicando piedad. Hutton soltó el cinturón, agarró al sujeto por las solapas de su chaqueta y lo hizo ponerse en pie. Luego disparó el puño derecho contra su mandíbula.

—¿Cómo estás, Flo? —preguntó con toda naturalidad.

—Ya puedes ver —respondió ella.

Las ropas de la joven yacían en el suelo.

—¿Te... han hecho algo indecoroso? —preguntó Hutton.

—No, salvo desnudarme.

Hutton cortó las ligaduras que sujetaban las muñecas de Florence. Ella se las frotó unos instantes y luego empezó a vestirse.

—No les he dicho nada, Lee —sonrió.

—Chica valiente —elogió él.

—Pero ¿cómo supiste que estaba aquí?

—Ellos querían que lo supiera. Me tendieron una trampa. Demasiado fácil —respondió Hutton.

A los pocos momentos, Florence se atusó el pelo.

—Estoy lista, Lee —anunció.

—Aguarda un momento.

Holmes empezaba a rebullir. Hutton vio en alguna parte una jarra con agua y la volcó sobre su cabeza. El sujeto se sentó, vomitando mil maldiciones.

Hutton no se inmutó siquiera y dejó que Holmes se desahogase. Luego se inclinó hacia él:

—Perry Bloss me dio tu teléfono —dijo—. Ahora está en la cárcel, acusado del asesinato de Tessie Fowler. Se lo ordenaste tú, aunque no se pueda probar. Pero algún día pagarás ese crimen, te lo aseguro.

Holmes se quedó con la boca abierta. El joven agarró el brazo de Florence y la empujó hacia la salida.

—¿Quién era Tessie Fowler? —preguntó la joven.

—Ya te lo contaré en otro momento —respondió él

De pronto, se oyó el teléfono en alguna parte. Hutton dudó un momento, pero, al fin, se decidió a recoger aquella llamada y corrió hacia la habitación de donde procedía el sonido.

Levantó el aparato. Alguien, muy enojado, dijo;

—Has tardado mucho, maldita sea.

Hutton permaneció silencioso un instante. El otro siguió:

—¿No me contestas? Escucha, Barry, en los últimos tiempos, te has vuelto muy independiente y eso no me gusta en absoluto. Recuerda que puedo derribarte con la misma facilidad que te puse en la cresta de la ola, ¿entiendes?

Hutton reaccionó y colocó un pañuelo delante del micrófono.

—E... sí... sí, señor... Dispense, estaba medio dormido...

—¿Dormido? ¿A las diez de la noche?

—Es que... Estaba viendo la televisión y me quedé traspuesto en el sillón... ¿Desea algo, señor?

—Sí, imbécil. Ese Hutton está metiendo la nariz donde no le importa. Es preciso curarle de ese vicio. Definitivamente, ¿comprende?

—Sí, sí, señor... Lo que usted diga...

—Busca a otro que no sea tan estúpido como «El Chino». Por ejemplo, Sam Ligget, ¿entendido?

—Muy bien, así se lo diré. ¿Algo más?

—Sefton Chambers se ha negado a pagar la «cuota». Hay que darle un escarmiento.

—¿Como a Curliss?

—No, Una bombita. El fin de semana, ¿comprendes?

—Desde luego.

—Eso es todo.

La comunicación se cortó. Hutton bajó el teléfono y miró a la muchacha con la sonrisa en los labios.

—Hay que ver las cosas que oye uno en ocasiones —comentó.

—Interesantes, supongo.

—Muchísimo. —Hutton puso la mano en la cintura de la joven y la empujó suavemente hacia la salida—. Acabo de oír algo que confirma ciertas vagas sospechas que concebí hace algunos días.

—¿Sí Lee?

—Holmes es sólo la cabeza visible. Tiene alguien por encima de él.

—¿Un cerebro en la sombra?

—Exacto.

—¿Sabes quién es?

—No tengo la menor idea —dijo—. Pero ya lo encontraré.

CAPITULO VIII

El guardia tocó con la cucharilla uno de los barrotes de la reja.

—El desayuno —avisó al hombre que yacía sobre el camastro carcelario, con las manos bajo la nuca.

Perry Bloss se levantó lentamente. La puerta se abrió y tomó la bandeja de manos del guardián. Otro, con la pistola en la mano, dispuesto a cortar de raíz cualquier intento de sublevación, aguardaba a dos pasos de distancia.

Bloss puso la bandeja sobre la pequeña mesa de que disponía en su encierro. Vio los platos y torció el gesto. Los huevos estaban casi fríos, el tocino frito helado o poco menos y las gachas de cereales parecían incomibles. Lo único apetitoso era el café del pocillo, caliente, humeante.

Decidió empezar por el café y lo tomó a sorbos, sujetando el pocillo con ambas manos. Estaba muy amargo aquella mañana, pero le despejaría, pensó.

De pronto, sintió una especie de retortijón en las tripas. Luego, notó una extraña opresión en los pulmones.

La vista se le nubló, detrás de una cortina de color rojo. Quiso gritar, pero sólo pudo emitir unos roncós sonidos. Notó una repentina pérdida de fuerza en las rodillas y empezó a caer, a la vez que subía a su boca un extraño gusto a almendras amargas.

Entonces comprendió que había sido envenenado y que se estaba muriendo. Con la última chispa de vida, golpeó el suelo con ambas manos, pero sus movimientos cesaron muy pronto.

Un guardián lo encontró caído cuando fue a recoger la bandeja del desayuno y dio la alarma. Para entonces, «El Chino estaba casi frío.

* * *

—Pero Holmes, se dará cuenta de que tú interceptaste la llamada telefónica y no hará nada de lo que le ordenó su jefe —exclamó Florence.

Hutton, sentado en el diván, con una taza de café en las manos, hizo un gesto negativo.

—No —contradijo.

—¿Por qué?

Florence estaba en pie, frente a su invitado.

—Por la sencilla razón de que le llamé más tarde, desde mi casa, repitiéndole más o menos lo que me había dicho el desconocido —explicó Hutton.

—¡Dios mío! —se aterrorizó la joven—. Eso significa que tú mismo

has ordenado que te maten.

Hutton se echó a reír.

—Sé quién es Ligget —dijo—. Iré a visitarle, no te preocupes.

—¿Qué le harás? —preguntó Florence, aprensiva.

—Retirarle de la circulación, claro.

—Lee, no hagas nada de lo que luego tengas que arrepentirte —aconsejó Florence.

—Tranquila, encanto; no tienes nada que temer.

—Luego está el asunto Chambers...

—También he pensado algo, Flo.

—¿Puedo saberlo?

—No.

—Lee, por favor...

—No insistas, te lo ruego.

Florence le miró indignada.

—No confías en mí —dijo en son de reproche.

Hutton se puso en pie y se acercó a la joven.

—Flo, eres una chica encantadora. Te ayudé entonces y quiero ayudarte ahora, Pero, por favor, deja que haga las cosas a mi manera.

—Te crees un superhombre y eso puede resultarte fatal.

—Intentaré que todo salga bien, descuida.

De pronto, Florence le echó los brazos al cuello.

—Es una lástima —suspiró.

—¿Qué es una lástima? —preguntó Hutton.

—Yo... Bueno, para mí serías el hombre ideal... pero eso es algo que debo olvidar por completo.

—¿Por qué?

—Eres tonto, Lee. ¿Ya no recuerdas lo que era y lo que hice?

—Oh, vamos, eso es algo que pertenece ya al pasado, preciosa.

—No. Hay cosas que no se borran jamás. Es como una inscripción en una losa de granito; permanece eternamente...

—Esa inscripción se puede borrar, rebajando la superficie de la losa.

Florence movió la cabeza.

—No en mi caso —murmuró—. Y menos aún en el tuyo —agregó.

—Flo, si no te explicas mejor...

—Hay cosas tuyas que ignoro todavía, pero una está absolutamente clara: te aburre tu trabajo actual y volverás a ser policía. No podrías casarte con una mujer de mis antecedentes.

—Eso ya se verá en su momento, hermosa. —Hutton la besó suavemente en los labios—, El pasado, pasado está, aunque cueste olvidarlo, Pero el presente y el futuro se pueden modificar a

gusto, si se pone un poco de buena voluntad.

—No, nunca...

—Como te dije en cierta ocasión, sólo es preciso un poco de paciencia.

Hutton volvió a besarla y se encaminó hacia la puerta. Si seguía junto a Florence un minuto más, no respondía de lo que podía suceder.

Ella le miró cuando salía, sonriendo, pero con lágrimas en los ojos. Claramente se daba cuenta de la actitud de Hutton. Habría cedido sin la menor dificultad, con alegría, entregándose sin remilgos a poco que él hubiera insinuado algo. Sin embargo, el comportamiento del joven no sólo no la defraudó, sino que la hizo sentirse extrañamente contenta.

* * *

Honey Mobson arrojó al suelo la cucharilla de plástico, doblada por la mitad.

—Ni siquiera nos queda el recurso de raspar la madera, para llegar a la chapa metálica...

Los intentos de romper la puerta habían terminado en fracaso. Una vez, incluso, habían cargado los cuatro a la vez, en fila, -el gigante en cabeza y los demás siguiéndole, por orden de estatura y peso, pero aquel esfuerzo había resultado inútil.

—Ese maldito hijo de puta supo hacerlo bien...

La puerta se abrió de pronto. Hutton apareció en el umbral, con la escopeta en las manos.

—La cena está lista —anunció—. Uno de vosotros puede salir a tomar la bandeja.

—¿Cuándo piensa soltarnos? —gritó Spellane descompuestamente. Estaba muy pálido y la barba y el pelo le habían crecido enormemente.

—No tengo prisa —contestó el joven—. Por cierto, Holmes tiene un jefe. ¿Quién es?

—¿Un jefe? —repitió Coud.

—Es la primera noticia que tenemos —declaró Chilton.

—Eres un mentiroso —le apostrofó Hutton.

—Oiga, le juro...

—No jures nada; cada una de tus palabras es un embuste.

Chilton se encogió de hombros.

—Piense lo que quiera —respondió desabridamente.

—Tú pensarás. Y los otros también; tenéis tiempo de sobras. Quizá lleguéis a recordar algo interesante; entonces, consideraré vuestra situación. Por cierto, ¿dónde vive Sam Ligget?

—No lo sé. —Era Spellane.

Hutton puso el pie junio a la bandeja.

—Alguno tiene que saberlo y lo dirá ahora mismo o pasaréis veinticuatro horas en ayunas —amenazó.

Mobson levantó la mano precipitadamente.

—Yo se lo diré —exclamó.

—Gracias —sonrió Hutton momentos después—. La cena está servida.

Los prisioneros se arrojaron coa avidez sobre los víveres. Al terminar, Mobson tomó la bandeja con ambas manos.

—Este chisme, quizá...

De pronto, lo dobló a lo largo con ambas manos. La bandeja era de madera prensada, recia lo suficiente para contener platos y vasos, pero absolutamente inútil como herramienta. Disgustado consigo mismo, tiró los trozos al suelo y se sentó en un rincón.

—Holmes, un jefe —murmuró—. Nunca se me hubiera ocurrido... ¿Quién puede ser, muchachos?

Pero los otros estaban en las mismas condiciones y aquella pregunta, por tanto, no tenía respuesta.

* * *

El hombre dormía apaciblemente cuando, de pronto, sintió que algo le cosquilleaba la nariz. Entonces se dio cuenta de que la luz estaba encendida.

Ligget respingó y quiso levantarse, pero el cañón del revólver que le había hecho cosquillas, se lo impidió. Bizqueó aterrado, contemplando el brillo del cilindro que podía vomitar la muerte.

—Holmes te ha contratado —dijo.

Ligget tragó saliva.

—¿Có... cómo lo sabe?

—La respuesta clásica es: Me lo ha dicho un pajarito. ¿Verdad o mentira?

—Puesto que lo sabe... Oiga, ¿no es usted el sargento Hutton?

—«Ex». Ya no soy policía.

—Entonces, ¿qué diablos hace en mi casa?

—¡Qué preguntas! —rió el joven—, Simplemente, adelantarme a ti. El que da primero, da dos veces, Sam.

Los dientes del sujeto chirriaron.

—Algún chivato, hijo de puta...

—Es posible —dijo Hutton con acento intrascendente—. Sam, ¿quién es el jefe de Holmes?

—¿Cómo? Nunca he oído nada semejante...

—Mientes muy bien, pero no me importa. Acabarás por soltar la lengua.

—Oiga, le juro que...

—No te molestes, Sam; no quiero perder mucho tiempo, Soy buen chico y quiero quitarte el susto que te ha causado mi presencia tan inesperada en tu casa. Toma, bebe.

Ligget contempló recelosamente el frasquito plano que le ofrecía su visitante.

—Oiga, no será veneno...

—¿Te acuerdas de »El Chino«, verdad?

—Le han envenenado en la cárcel.

—Sí, para evitar que soltara la lengua. A ti podría sucederte algo parecido, aunque no sería yo quien lo hiciera. Lo creas o no, me convienes más vivo que muerto.

Ligget se apoderó del frasco de un manotazo.

—¿Cuánto debo beber?

Hutton soltó una alegre carcajada.

—Eres un chico listo —dijo—. Me conformo con que te bebas la mitad, Sam.

Dos horas más tarde, Hutton abrió la puerta del sótano y lanzaba al interior el inconsciente cuerpo de Ligget. Los otros prisioneros dormían y se despertaron sobresaltados al oír el ruido.

—Ahí tenéis compañía —dijo Hutton—. Cuando despierte, le contaréis lo que sucede. Y a ver si entre todos pedéis recordar algo interesante sobre el desconocido jefe de Holmes.

Nicky Chilton le amenazó con el índice.

—Se ha embarcado usted en un asunto muy difícil. Por ahora, va ganando, pero perderá la batalla final.

—Lo veremos cuando llegue el momento —contestó el joven, a la vez que se disponía a cerrar la puerta. De pronto, detuvo el gesto y agregó: Está lloviendo desde el mediodía y los pronósticos anuncian lluvias ininterrumpidas durante cuarenta y ocho horas o más, el río ha subido ya cuatro metros de nivel, De todas formas, hay tiempo antes de que las aguas lleguen a este sótano.

Cerró la puerta y se marchó, dejando a cuatro hombres al borde del pánico, imaginándose ya el calabozo con agua hasta la mitad de las paredes y todos ellos nadando para evitar morir ahogados.

* * *

—¿Aquí? —dijo uno de los dos hombres.

—Aquí —confirmó el otro.

El primero dejó en el suelo un grueso paquete. Era una caja, cuya tapa levantó para manipular en su interior durante algunos segundos. Luego la cerró y se puso en pie.

—Vámonos —indicó.

—¿Cuánto tardará? —preguntó su compañero.

—Diez minutos.

—Hará ruido.

—Medio edificio saltará por los aires.

—El vigilante nocturno...

—Al otro lado está seguro, no te preocupes.

Un coche arrancó a los pocos momentos. Entonces, una sombra se destacó de la oscuridad y corrió hacia el lugar en que estaba la caja.

Hutton examinó el interior con la ayuda de una linterna. Pronto pudo desconectar los cables que iban del reloj a la batería eléctrica, que proporcionaría la chispa que debía causar la explosión.

Una vez hubo terminado la tarea, agarró la caja y se marchó. El vigilante, atado y amordazado en el otro extremo de la factoría, acabaría por soltarse, sin comprender lo que le había sucedido, sobre todo, cuando viese que no habían robado nada.

Barry Holmes buscó cierta noticia a la mañana siguiente en los periódicos y no pudo encontrarla. Se preguntó qué podría haber sucedido. Pasó el día intranquilo y muy nervioso, pensando en que tal vez los encargados de dar una lección a Chambers habían decidido posponer la operación para aquella misma noche.

A la madrugada siguiente, sonó el teléfono y le despertó bruscamente.

—Holmes —dijo. Ahora le darían la noticia de que se había producido la explosión y...

—Hola, Barry. Soy Hutton.

Holmes encendió la luz instantáneamente y se sentó en la cama.

—¡Hutton! —resopló.

—El mismo. Por favor, vaya un instante al cuarto de baño. Luego, póngase la bata y unas zapatillas y eche a correr. Tiene exactamente tres minutos de tiempo.

Holmes sintió que la frente se le cubría de un sudor frío. Mecánicamente, obedeció la orden que acababan de darle.

Al abrir la puerta del baño, vio la caja negra, adosada a la bañera. El «tic-tac» del reloj llegó claramente a sus tímpanos.

Un espantoso pánico le acometió de inmediato. Sabía que sus secuaces iban a consumir nada menos que cinco kilos de dinamita. La explosión debía destruir media factoría de Chambers, pero si se producía allí, su casa volaría en pedazos por los aires.

El terror se apoderó de su ánimo, impidiéndole reaccionar. Tiró el teléfono y salió huyendo como alma que lleva el diablo.

Un coche de patrulla nocturna le recogió poco después, a un kilómetro de distancia de su casa, enloquecido, murmurando palabras ininteligibles. Los agentes, sin embargo, consiguieron

averiguar la causa de su estado y avisaron de inmediato a los expertos en bombas.

Cuando entraron en el baño, encontraron la caja. Una música estridente brotaba de su interior, procedente de la cinta inserta en un magnetófono situado en dicha caja. Los policías empezaron a mirar muy mal a Holmes. Holmes, por su parte, se sintió completamente en ridículo. Hutton se había burlado de él.

—Me... me anunciaron por teléfono que... que había una bomba...

Uno de los policías encontró una botella de whisky casi vacía.

—Otra vez, cuándo beba, póngase un esparadrapo en la boca y átese a la cama —dijo hirientemente.

—Pero... les juro que no lo he soñado...

Los policías se marcharon sin hacerle ningún caso. El jefe de la patrulla le anunció severos problemas si volvía a intentar una broma semejante.

Holmes, desmoralizado, se sirvió un trago. Hutton le estaba poniendo en una difícil situación, pero acabaría por hacerle ver quién de los dos era el más fuerte.

CAPITULO IX

—No ha hecho nada de lo que le ordené, Holmes.

—Es que...

Holmes sacó un pañuelo y se secó el abundante sudor que corría por su frente. Tragó saliva y pudo seguir hablando.

—Hutton es un sujeto terriblemente astuto. No sé cómo consiguió enterarse de lo que le iban a hacer a Chambers y me puso la caja en casa...

—¡Idiota, mil veces idiota! Pero ¿es que se va a dejar derrotar por un solo hombre? ¿Dónde están sus muchachos? ¿Qué hacen? ¿Son retrasados mentales? ¿Qué me dice de Ligget?

—Ya... ya se lo dije, pero... no sé qué le ha pasado... Tenía que haberse puesto en contacto conmigo...

—Holmes, escuche bien lo que voy a decirle. Tiene una semana de plazo para solucionar este problema. Si no lo hace así, considérese dimitido. En mi organización, sólo se dimite de una forma, ¿entendido?

A Holmes un sudor le iba y otro le venía.

—Sí, haré lo que pueda...

—Hará exactamente lo que le he ordenado. Llame a Chambers por teléfono y dígame que pague o que se atenga a las consecuencias.

—Sí, señor.

—Oiga, a usted le faltan cuatro de sus muchachos: Spellane, Coud, Nicky Chilton y el gigante, ¿Dónde diablos se han metido?

—No lo sé. Han desaparecido, es todo lo que puedo decirle.

Hubo un intervalo de silencio. Luego, Holmes oyó a su interlocutor:

—Debe de ser cosa de Hutton —dijo—. Enviaré a dos buenos muchachos para que le interroguen. Irán de su parte, ¿entendido?

—Sí, señor.

—Y ya le diré cuál es el resultado de ese interrogatorio, pero usted, muévase por su parte y averigüe qué ha sido de Ligget.

—Desde luego.

El «click» del corte de la comunicación supuso un enorme alivio para Holmes. Por un momento pensó en que nunca debiera haber exigido cuota de protección a Hutton: así se habría evitado una enorme cantidad de problemas, pero ya era tarde para lamentar lo que no tenía remedio.

En cambio, otras cosas sí podían tener remedio.

Tocó el timbre. Wallahoo apareció en el acto.

—Busca a Ligget —ordenó—. Pregúntale si tiene reuma en el índice.

Wallahoo entendió en el acto el sentido de aquellas palabras.

—Descuide, jefe.

—Y llámame por teléfono en seguida que sepas algo.

—Sí, señor

Wallahoo utilizó el teléfono tres horas más tarde.

—Lo siento. Ligget ha desaparecido. Nadie sabe dónde está —informó, para desesperación de Holmes, quien empezó a pensar en la conveniencia de imitar a aquellos individuos de los que no tenía la menor noticia.

* * *

—El barrio parece tranquilo —observó Harry Ronnes.

Hutton asintió, mientras entregaba un puñado de billetes al prestamista.

—Saldada la deuda —dijo.

—Hombre, no tenías por qué apresurarte. Tú eres de confianza, Lee.

—Gracias, «Dingo». Oye, ¿por qué has dicho antes eso de que el barrio está tranquilo?

Ronnes se inclinó hacia adelante.

—Te lo diré confidencialmente: los chicos del «impuesto» parece que se han olvidado de cobrarlo.

—Es cierto —convino el joven—. Ahora no vienen por mi tienda... ¿Qué les habrá pasado, «Dingo»?

—A mí también me gustaría saberlo... —El teléfono sonó de pronto en el interior de la tienda—. Dispensa, Lee —se disculpó Ronnes.

El prestamista abandonó el mostrador, para entrar en su despacho. Hutton encendió un cigarrillo. La puerta del despacho quedó entreabierta, pero no se preocupó por lo que sucedía allí.

Ronnes volvió a los pocos momentos.

—Querían proponerme un negocio. Me he negado —sonrió.

—¿Algo sucio?

—Soy un hombre discreto, Lee. Veo, oigo y callo... pero cuando una cosa no me gusta, no la hago. Prefiero estar en paz con vosotros, bueno, con tus antiguos compañeros.

—Una actitud muy sensata. Bueno, «Dingo», tengo que volverme a la tienda.

—¿Cómo marcha, Lee?

Hutton hizo un gesto con la mano.

—Así, así... —dijo evasivamente.

Momentos después, entraba en la tienda. Gertie le miró aprensivamente.

—¿Pasa algo? —preguntó el joven.

—Tiene visita. —Gertie señaló con la barbilla el despacho—. No me gustan nada esos dos tipos —susurró.

Hutton asintió.

—Váyase a casa, Gertie —ordenó.

—¿Quiere que avise a la Policía? A usted le aprecian mucho...

—No será necesario. Yo atenderé a esos dos caballeros.

—Sí, señor.

Gertie recogió sus cosas y se marchó precipitadamente. Hutton fue a la puerta, puso el cartelito de CERRADO y luego, con paso calmoso, se encaminó hacia su despacho.

Había allí dos individuos recios, robustos, de rostros pétreos, vestidos con severa elegancia, que se pusieron en pie al verle entrar.

—¿Cómo está, señor Hutton? —saludó uno de ellos—. Yo soy Jed Jackson. Mi amigo se llama Groff Monnaugh.

Hutton estudió un instante las caras de aquellos individuos y decidió en el acto que iban a resultar mucho más difíciles que los otros que habían pasado antes por aquel lugar. No, Jackson y Monnaugh no caerían tan fácilmente en la trampa de aceptar un vaso de whisky.

* * *

—¿Puedo servirles en algo, caballeros? —preguntó, tras una corta pausa.

—Somos detectives privados —mintió Monnaugh—. Estamos buscando a unos amigos desaparecidos. Pasaron por este despacho.

—Nunca he oído nada semejante, señor Monnaugh.

—Es usted un embustero —dijo Jackson calmamente.

—Bueno, si lo prefiere así,.. Esos amigos suyos pasaron por aquí y yo los hice picadillo con una trituradora de carne que tengo en el sótano. Luego los vendí a una compañía de hamburguesas. Me han pedido más, ¿saben?

Monnaugh se acercó al joven y le dio una ligera bofetada.

—Eso que ha dicho no tiene ninguna gracia —habló heladamente,

—No soy bueno contando chistes —sonrió Hutton—. ¿Me permiten que les invite a un trago?

—Somos abstemios.

Sí, iban a resultar mucho más duros que los otros. Holmes había decidido pasar a la ofensiva, pensó Hutton.

—Entonces, permitirán que yo lo beba —sonrió.

Pasó por en medio de los dos matones y se acercó a la consola de los licores. Con pulso perfectamente seguro, vertió un poco de

whisky en un vaso y lo bebió muy despacio, a pequeños sorbitos.

—Caballeros, ¿qué pasaría si yo admitiese que, en efecto, sus amigos han pasado por aquí?

Monnaugh y Jackson se consultaron con la mirada.

—Estarán abajo, en el sótano —dijo el primero.

Hutton señaló una trampilla situada en uno de los rincones de la estancia.

—Véanlos por ustedes mismos —contestó.

Jackson sacó un revólver.

—Baja tú, Groff. Mientras, yo vigilaré a este tipo.

—O.K.

Monnaugh se acercó a la trampilla y la levantó. Era muy pesada y las bisagras chirriaron por falta de aceite. Al asomarse por el hueco, vio un lugar completamente vacío, salvo algunos trastos viejos.

—Aquí no hay nada —gruñó.

—Al fondo, a la izquierda, hay una puerta secreta. Busque el décimo ladrillo de la tercera hilera de la izquierda de la escalera. Cuente a partir del suelo y desde el rincón. Apriete ese ladrillo... ¡y ya está!

—Vigila bien —gruñó Monnaugh, mientras iniciaba el descenso por la escalera que conducía al suelo del sótano.

Hutton volvió la espalda a Jackson, para servirse una nueva dosis de whisky. Esta vez, sin embargo, llenó el vaso hasta los bordes.

De pronto, se volvió- El licor fue a los ojos de Jackson, quien lanzó un rugido de ira. Hutton saltó hacia él, apartó la mano armada y le asestó un terrible derechazo en la mandíbula.

—¡Condenado Hutton! —gritó a continuación—. Groff, sube, pronto; ha querido desarmarme, pero lo he tumbado...

Monnaugh cayó en la trampa. Cuando asomaba por el hueco, se dio cuenta del engaño, pero ya era demasiado tarde. Un pie se estrelló contra su boca y le hizo volar por los aires, para estrellarse contra el suelo, en donde quedó inmóvil.

A continuación, Hutton agarró al otro por debajo de los brazos y lo lanzó al sótano. Luego bajó y desarmó a Monnaugh. Al terminar, se secó el sudor de la frente.

—¡Uf, eran duros de veras! —exclamó.

Monnaugh fue el primero en despertar, pasado un buen rato. Cuando recobró plenamente la consciencia, se encontró con un revólver apoyado en su sien izquierda y un vaso lleno de whisky ante la cara.

—Bebe —ordenó Hutton.

—No —contestó el forajido.

Hutton echó hacia atrás el percutor del revólver.

—Primero, no es veneno —dijo—. Segundo, la trampa está cerrada y el disparo no se oirá. Si quieres morir, mejor que dormir unas horas, piénsalo... ¡pero sólo durante cinco segundos! ¡No te daré más tiempo!

Monnaugh se percató de que Hutton hablaba en serio y vació el vaso de golpe. A los pocos momentos, empezó a perder la noción de las cosas.

Hutton repitió la maniobra poco más tarde con Jackson. Luego registró cuidadosamente a los dos sujetos. Ambos llevaban sendas libretas de direcciones, en las que, apreció, había un misino número de teléfono, seguido de la indicación «Mr. X».

—El jefe, no cabe duda —murmuró.

Permaneció inmóvil durante unos momentos. Luego se encaminó hacia la escalera. Al llegar a los últimos peldaños, levantó la trampa.

Entonces, alguien chilló estridentemente:

—¡Socorro!

Hutton asomó medio cuerpo fuera del hueco. Estupefacto, reconoció a Florence.

—Pero ¿qué diablos haces tú aquí? —preguntó malhumoradamente.

—La puerta estaba abierta, Lee —se justificó ella.

—Yo la cerré. Incluso puse el cartel de CERRADO.

—No tenía la llave echada. Además, era muy temprano y me asusté...

De pronto, Florence vio los dos cuerpos tendidos en el suelo y se puso pálida.

—¡Lee! —exclamó—. ¿Qué has hecho?

Hutton volvió la vista hacia atrás y lanzó una risita.

—No temas, no están muertos —dijo. Y terminó de salir del sótano.

CAPITULO X

—Me has dado un susto de muerte —se quejó Florence al cabo de unos segundos.

—Ahora te daré algo para que se te pase —sonrió él.

Florence aceptó la copa y tomó un par de sorbos. Luego levantó sus ojos hacia el joven.

—Lee, ¿cuáles son tus planes? —preguntó.

—¿Quieres conocerlos?

—Si no te importa...

—Estoy tratando de destruir la banda de «protectores».

—Eso ya lo sé, pero ¿cómo?

Hutton dudó un momento. Decidió que Florence podía saberlo. A fin de cuentas, años atrás había sido perjudicada por algunos de sus enemigos, Holmes y Chilton, principalmente.

—¿Por qué no nos vamos a cenar? Hablaremos tranquilamente...

—¿Y esos dos sujetos?

—Dormirán ocho o diez horas, no te preocupes por ellos.

Pero Florence sí se preocupó cuando conoció la verdad, una vez en el restaurante.

—Es un juego muy peligroso —advirtió temerosamente.

—Estoy ya en el punto crítico. Ya no puedo retroceder.

—Aún estás a tiempo...

—¡No! —contradijo él firmemente—. Ahora, menos que nunca, puedo ni debo dar marcha atrás. Esos tipos que están ahí abajo, tengo la absoluta seguridad, conocen al cerebro en las sombras.

—Pero no querrán hablar...

—¿Estás segura?

—¿Cómo piensas obligarles a que hablen?

—¿Te gustaría acompañarme?

—Pues... Bien, de acuerdo. ¿Qué es lo que debo hacer?

Hutton sonrió.

—Ver, oír y callar, aunque es posible que tengas que ayudarme un poco.

—Lo haré, a pesar de que tengo mucho miedo. Lee.

La mano del joven pasó por encima de la mesa y se apoyó sobre la de Florence.

—Querida, estos tipos, hasta ahora, han estado actuando en nombre del más fuerte, y el más fuerte es quien ordena asesinatos, palizas, destrozos de comercios, y pide dinero injustamente. Contra todo eso estoy luchando, si lo puedes comprender.

—Sí, lo comprendo —respondió ella—. Sé que todo cuanto te diga

es inútil..., pero me gustaría más que no hubieras empezado este asunto.

—Sin duda, preferirías verme vivir como un borrego, pagando cien dólares a la semana, para que alguien se haga rico a mi costa y a la de otros como yo.

Florence bajó la vista.

—No es eso, pero...

—Tengo que seguir adelante —afirmó él enérgicamente—. Y ya no sólo lo hago por mí, sino por ti. Si ahora fracasara, tu porvenir se pondría muy, muy negro, y yo no quiero que ocurra nada semejante.

Hubo un momento de silencio. Luego, Florence trató de sonreír.

—En tal caso, sigue hasta el final, Lee —exclamó.

—Gracias, encanto.

Dos horas más tarde, los cinco prisioneros tenían nueva compañía. Spellane empezó a temer lo peor. Cuando dos tipos como Jackson y Monnaugh habían sido derrotados tan vergonzosamente como ellos, podía asegurarse que Hutton acabaría por salirse con la suya.

Antes de cerrar, Hutton lanzó un papel al suelo.

—Cuando despierten, preguntadles quién es «Mr, X». Ellos lo saben —dijo.

—No querrán hablar...

—Oh, sí hablarán; vosotros les obligaréis a que suelten la lengua.

Al cerrar la puerta sonrió y, venenosamente, añadió:

—Sigue lloviendo a mares, muchachos.

* * *

—¿Por qué les has dicho que llovía? —se asombró Florence—. ¡Hace un tiempo espléndido!

Hutton rió alegremente.

—Es un truco psicológico —contestó—. Ven, encanto.

Ella le siguió hasta la cocina de la casa, en donde vio una goma conectada a un grifo.

—Quédate aquí —ordenó Hutton— Cuando me oigas silbar, tres veces seguidas, abre el grifo al máximo.

—Espera un momento —pidió Florence.

Hutton se disponía ya a salir y volvió la cabeza.

—¿Sí?

—Supongamos que todo te salga bien —dijo la joven—, ¿Qué piensas hacer después?

—¿No te lo imaginas? Encontraré las pruebas suficientes para poder vivir tranquilamente en lo sucesivo y para tener a estos canallas en la cárcel durante una buena serie de años. Sobre todo,

su jefe, el que ordenó los asesinatos de Curliss y de Tessie Fowler.

—Sin olvidar el de Perry Bloss, envenenado en la cárcel.

—Por supuesto.

—¿Crees que hablarán?

—Estoy seguro de ello.

Florence se le acercó lentamente y cogió su cara con dos manos.

—Eres un loco maravilloso, pero te quiero —sonrió.

—Es lo más agradable que he oído en los días de mi vida —contestó él.

—Pero cuando todo haya terminado, me marcharé y no me verás nunca más.

—Estás diciendo tonterías...

Florence sacudió ligeramente la cabeza. Luego le besó con fuerza, pero rápidamente, en los labios.

—He dicho justamente lo que pienso hacer. Anda, ve adonde tengas que ir y silba cuando llegue el momento.

—Está bien; más adelante discutiremos este asunto, ¿te parece bien?

—No hay ya nada que discutir, Lee —contestó ella firmemente.

Hutton se alejó, con una linterna en la mano, y se perdió en las sombras de la noche, que ya se disipaban gracias a la luna que salía en el horizonte, enorme, roja, amenazadora y siniestra, le pareció a Florence. Sacudió la cabeza, tratando de alejar de sí tristes presentimientos.

Esperó cosa de un par de minutos. Luego oyó tres silbidos espaciados y abrió el grifo por completo.

Hutton reapareció a los pocos momentos.

—Sal fuera —llamó.

Florence obedeció y llegó a una terraza, con parapeto, que daba sobre el río, situado a unos quince metros más abajo y a cincuenta o sesenta de distancia. En la noche, el río, ancho, manso, era una gran cinta de plata, que se deslizaba apaciblemente entre dos orillas bordeadas de árboles.

—Por el día tiene que ser un paisaje maravilloso —observó la joven.

—A mí, en cambio, no me gusta —respondió él.

—Tú no estás bien de la cabeza. ¿Cómo puedes decir una cosa así?

—Quizá sea porque he venido poco y siempre solo. Es posible que cambie de opinión en el futuro, cuando venga aquí con más frecuencia y, por supuesto, agradablemente acompañado.

—No me mires así; ya sabes cómo pienso, Lee.

Hutton quiso abrazarla.

—Escucha, Flo...

—No insistas, por favor; ya he tomado mi decisión —contestó la joven.

Hubo un momento de silencio. Luego, Hutton se dijo que ya quedaría tiempo para modificar el pensamiento de Florence. Pero había encontrado a la mujer de sus sueños y no pensaba dejarla escapar, por mucho que ella insistiera.

—Lee, dime, ¿cómo piensas hacerles hablar? —preguntó ella súbitamente—. Hasta ahora, no sé nada, salvo que el grifo está abierto...

—Verás, al pie de la loma, hay un túnel que comunica con un pozo situado en el sótano. La manguera, del largo suficiente, va a parar a la boca de ese túnel, que he tapiado convenientemente, a fin de que el agua no se escape. Naturalmente, el agua irá ascendiendo, por la simple teoría de los vasos comunicantes... Debería llegar hasta aquí arriba, pero, como comprenderás, sería excesivo. Me conformo con que asome por la boca del pozo que hay en el sótano.

—Y ellos se amedrentarán...

Hutton sonrió, a la vez que sacaba cigarrillos.

—Hace tiempo ya que vengo hablándoles de la época de lluvias y de las enormes crecidas del río. Es cierto que en ocasiones se sale de madre y que ha habido veces en que el nivel ha llegado a la entrada del túnel, pero nunca inundó el sótano ni de lejos.

—¿Y para qué quería tu tío ese pozo y ese túnel?

—El compró la casa a un deudor, y yo sospecho que en tiempos sirvió para los contrabandistas. El edificio tiene más de cien años, ¿sabes?

—¡Caramba! ¡Es casi un monumento nacional! —rió la joven.

Miró su reloj.

—¿Cuánto tardará el agua en llegar al sótano? —preguntó.

—No lo sé, pero no ocurrirá antes de un par de horas. ¿Te parece que nos hagamos algo de cena?

—¡Encantada! —aceptó Florence de inmediato.

* * *

El hombre entró en la tienda, cuando el dueño se disponía ya a cerrar. Dada la índole de su negocio, Harry Ronnes tenía abierto hasta muy tarde; en ocasiones, incluso cerraba después de la media noche. Nunca faltaban los tipos que se quedaban sin dinero y le llevaban algo pura empeñar y así poder beber el fin de semana. En aquellos momentos, sin embargo, no tenía ganas de trabajar y miró de muy mala gana al cliente que le acababa de llegar.

—«Turco», lárgate —dijo, arisco— Si necesitas «pasta», vuelve mañana.

—Espera, hombre —rogó el recién llegado—, Sí, necesito algo de dinero, pero no me corre demasiada prisa.

—No te entiendo...

Japh Zorgo, alias «El Turco», indudablemente por su origen, sacó un apestoso cigarro, consumido a medias, del inferior de su mugrienta chaqueta, y se lo puso en una boca a la que le faltaban más de la mitad de las piezas. Las que restaban, se veían desportilladas y amarillentas.

—Yo no te voy a pedir dinero; tú me darás lo que estimes justo por la información que te traigo —continuó Zorgo, mientras rascaba un fósforo en su propia barba, de un par de semanas,

—Bueno, ¿y por qué no lo sueltas ya? —preguntó Ronnes. A veces convenía ser paciente; siempre se averiguaba algo que, un día u otro, acababa por tener interés para alguien. O para él mismo.

«El Turco» expulsó el humo de su cigarro y dijo:

—«Dingo», ¿recuerdas la casa del viejo Hutton?

—Algo he oído...

—Tenía una casa junto al río, en la zona denominada Little Bend. La heredó su sobrino, el «poli».

—Sí, sé que el sargento Hutton fue nombrado heredero universal de su tío Silas. Pero ¿qué tiene que ver la casa con ese hombre?

—Verás... No es que yo quiera meterme en asuntos ajenos, pero lo que está haciendo ese muchacho no me gusta en absoluto. ¿Sabes que lleva más de un mes, yendo allí a diario, y siempre por las noches?

—Tendrá alguna fulana...

—Por el día, la casa está herméticamente cerrada. Nadie sale al jardín que la rodea. El suele ir cuando ya se ha hecho de noche, está cosa de media hora, poco más o menos, y luego se vuelve a la ciudad. A veces, ha llevado un par de bolsas de comida, muy grandes, cada tres o cuatro días, aproximadamente.

Los ojos de Ronnes se entrecerraron.

—¿Por qué lo has espiado, «Turco»? —preguntó.

Zorgo se cambió el cigarro de sitio en la boca,

—Le vi ir allí una noche y me picó la curiosidad. Yo estaba... bueno, eso no importa ahora. El caso es que fui varias noches más y le vi hacer siempre lo mismo; esto es, llegar, estar media hora y volverse. Oye, sí tuviera una fulana como dices, estaría más tiempo con ella, ¿no te parece?

—Es posible. «Turco», dime, ¿qué deduces tú de todo eso?

—Está bien claro. Hutton tiene allí encerrado a alguien y todos los días le lleva de comer.

—¡Eso no puede ser! Hutton es un hombre muy respetuoso de la ley...

Zorgo soltó una risita.

—Si tú lo dices... Bueno, ¿no es interesante esta información?

Ronnes hizo una mueca.

—Merece diez «pavos», ni uno menos —contestó.

Zorgo se sintió tentado de protestar, pero luego pensó en las malas pulgas del prestamista y decidió que no valía la pena provocar un alboroto. Ronnes tenía, muchas y valiosas influencias, aunque no lo pareciera, y podía causarle problemas, cosa que le convenía evitar a toda costa.

—Está bien —se resignó.

Ronnes le entregó el dinero. Luego palmeó afectuosamente sus hombros.

—Anda, «Turco», márchate y olvida todo lo que has visto y oído. El sargento Hutton es una excelente persona y no se ha metido en nada ilegal, ¿comprendes? —Muy bien, «Dingo».

—Sobre todo, cierra el pico. No me gustaría que a un buen amigo se le causase algún perjuicio. Y el sargento lo es, ¿entiendes?

—Descuida.

Zorgo se marchó. Entonces, Ronnes, con toda parsimonia, procedió a cerrar la tienda, como lo hacía todos los días.

CAPITULO XI

Hutton consultó su reloj y se puso en pie. Florence dormía, recostada en el diván. Se acercó a ella y rozó su mejilla. La joven abrió los ojos inmediatamente.

—¿Lee?

—¿Quieres acompañarme?

Ella se incorporó en el acto y llevó las manos a la cabeza.

—Debo de tener unos pelos horribles —sonrió.

—Estás más hermosa que nunca —aseguró él—. Ven, ahora conocerás mi cárcel particular.

—Eso podría darte disgustos en el futuro —dijo Florence, aprensiva.

—No lo creas. Les conviene callar.

Abandonaron la sala y pasaron al vestíbulo, de donde descendieron a un sótano, en el que había varias estanterías repletas de botellas. Al fondo, se divisaba una trampilla, que Hutton levantó en el acto.

Había una escalera, de peldaños de madera, que les permitió llegar a un segundo subterráneo, en el que se divisaba una puerta de sólido metal, con fuertes cerraduras. Florence vio al joven acercarse a la puerta y descender una pequeña mirilla situada a la altura de los ojos. Al otro lado, sin embargo, no había ningún hueco.

—Espera un momento —dijo él.

Al pie de la puerta había una barrena de grandes dimensiones. Hutton la hizo pasar a través del hueco y empezó a perforar la madera.

La barrena atravesó la madera sin dificultad. Al terminar, Hutton la retiró y lanzó un grito:

—¡Eh, vosotros!

Florence oyó algunos gruñidos. Un hombre se quejó lastimeramente.

Otro maldijo. Un tercero pidió la cena.

—Hoy no habrá cena —dijo el joven, inflexible—. Escuchad, quiero saber a quién pertenece el teléfono 5540371. Bueno, ya sé que es de un tal «Mr. X», pero quiero conocer el nombre auténtico.

—¡Váyase al infierno! —gritó alguien.

Era Monnaugh, Hutton lo reconoció por la voz.

—Groff, dentro de unos minutos, tus propios compañeros te obligarán a darme ese detalle —aseguró—. El temporal de lluvias es algo nunca visto y las aguas alcanzan ya los siete metros de altura sobre el nivel normal. ¿No han llegado ya al sótano?

Sonó un aullido de pánico.

—¡Hutton! No irá a permitir que nos ahoguemos...

—Como ratas, como lo que sois —contestó el joven,

Hubo un momento de silencio. Hutton añadió:

—Las aguas pueden subir casi hasta el techo. Naturalmente, este agujero sirve para salida del aire, ya que de otro modo, podríais morir por asfixia en pocos minutos, y eso no me conviene. En cambio, sí me conviene el remojón que os daréis, cuando el río llegue... Y cuando os canséis de nadar...

Súbitamente, se oyó un alarido de pánico. Spellane gritó:

—¡El agua! ¡Ya llega!

Hutton guiñó un ojo a la muchacha.

—Ahora verás, mejor dicho, oirás —murmuró. Levantó la voz —. Bueno, chicos, si queréis evitar el remojón, y tal vez la muerte por ahogamiento, pedidle en mi nombre a Jed y a Groff que os digan quién es «Mr. X».

—¡No lo diré nunca! —aulló Jackson.

De pronto, sonó un golpe.

—Vamos, suéltalo —rugió Mobson—. Dilo o te partiré en dos...

Más golpes se oyeron a continuación, mezclados con gritos de dolor, imprecaciones y toda suerte de juramentos. Florence comprendió la astucia del joven; eran los propios hampones quienes obligaban a sus compinches a revelar la verdad, para salvar la vida.

Monnaugh se rindió el primero.

—Basta, basta... —clamó—. Lo diré...

Momentos después, Hutton alzaba las cejas.

—¿Será posible?

Calló un momento y luego meneó la cabeza.

—Claro, tenía que ser él; no podía ser otro. Y yo no lo he sabido ver...

Alguien aporreó la puerta frenéticamente.

—Vamos, Hutton, sáquenos de aquí; ya sabe lo que le interesaba —pidió.

—Muy bien, ahora mismo haré que descienda el nivel de las aguas —contestó el joven—. Soy un poco mago, ¿sabes? Haré como Moisés, en el paso del Mar Rojo —añadió riendo—. ¿Vamos, Flo?

—Pero ¿es que nos va a dejar aquí, abandonados?

—Hasta que compruebe si lo que ha dicho Monnaugh es cierto —decretó Hutton inflexiblemente.

Minutos más tarde, se hallaban al pie de la ladera, junto al túnel, cuya boca, apreció Florence a la luz de la linterna, había sido sólidamente tapiada con un grueso muro de ladrillos. La manguera penetraba en el hueco a través de un agujero practicado con

anterioridad y en el que ajustaba con absoluta exactitud, de modo que no se perdía una sola gota de agua.

—Primero, como es lógico —explicó Hutton—, tomé la medida, para comprar la longitud suficiente de tubo de goma. Luego, al construir el muro de cierre, puse uno de los extremos y procuré que quedase bien ajustado. Al final, empalmé el otro al grifo...

Había llevado consigo un cuchillo de cocina. El grifo ya estaba cerrado.

El cuchillo acabó por cortar la goma y el agua empezó a manar violentamente en sentido contrario.

—Esto será más que suficiente para el descenso de las aguas —dijo él.

—Pero... el aire...

—Siempre tuvieron un conducto de ventilación; lo que sucede es que está muy bien disimulado. Vamos, no te preocupes más.

—Lee, sí me preocupo. Ahora irás a ver a «Mr. X»...

—Desde luego.

—Puede ser peligroso.

—Debo hacerlo, cariño.

Florence hizo un gesto de pesar.

—Supongo que no puedo impedírtelo ni decirte que quiero ir contigo —dijo.

—Ya corriste bastantes riesgos cuando te secuestró Holmes. Ahora, a la vuelta, irás a casa. Yo te llamaré apenas haya terminado la entrevista con «Mr. X».

—¿Me lo prometes, Lee?

Hutton la besó con todas sus fuerzas.

—También yo te quiero —aseguró—. Más que a nada en este mundo —agregó apasionadamente.

* * *

La puerta se abrió. Ronnes empujó a un lado al hombre que le había abierto, a la vez que preguntaba:

—¿Dónde está tu jefe?

—Eh, poco a poco, «Dingo» —protestó Wallahoo—. El señor Holmes no recibe al primer idiota que quiera venir a verle.

Ronnes se volvió y dirigió al hampón una mirada helada.

—¿Quieres acabar esta noche tu puerca existencia?

De repente, Wallahoo sintió frío. El hombre que tenía frente a sí no era el prestamista amistoso y servicial que él conocía. Ronnes había sufrido una transformación radical, sin cambiar su aspecto, y ello se advertía en la cruel mueca de sus labios y en la chispeante mirada de sus menudos ojillos.

Wallahoo tragó saliva.

—Sí, ven... Venga por aquí...

—Eso ya está mejor, Dust.

Wallahoo echó a andar y abrió la puerta del salón en que se encontraba Holmes, quien se puso en pie de un salto al ver entrar a un inesperado visitante.

—¡Harry! —exclamó.

Ronnes le miró despreciativamente.

—Imbécil, mil veces imbécil... El pastel está a punto de quemarse, ¿comprendes?

Holmes se sentía desconcertado. Una de las cosas que Ronnes jamás había hecho era presentarse en su casa. Siempre se había entrevistado en lugares muy discretos, aunque la mayoría de las veces, el intercambio de noticias y órdenes se había hecho por teléfono. Pero la llegada de Ronnes, y más a una hora relativamente intempestiva, le había privado de toda capacidad de reacción.

—Hutton los tiene prisioneros —añadió Ronnes heladamente.

La frente de Holmes empezó a transpirar en el acto. Aquella frase era siniestramente reveladora.

—¿Prisioneros? —balbuceó.

—Sí, estúpido. Tiene a todos en su casa de Little Bend, la que heredó de su tío Silas. Coud y Spellane llevan allí lo menos semanas. Les habrá «ablandado», a base de racionarles la comida y la bebida, les habrá... Bueno, el caso es que estoy seguro de que ha conseguido que hablasen, ¿comprendes, maldito idiota?

—Pero... eso es... terrible...

—Oh. no, es una noticia maravillosa, alegre, divertida —dijo Ronnes sarcásticamente—. Lo que nos vamos a reír todos cuando se sepa la verdad. Habrá bailes, bandas de música, fuegos artificiales... y tú, mientras tanto, en el mejor de los mundos...

Holmes tragó saliva.

—He hecho lo que he podido —se defendió.

Ronnes escupió ofensivamente.

—Lo mismo habría hecho un poste de telégrafos —dijo—, Vamos, tienes que venir conmigo.

—¿Adónde?

—Eres tonto de remate. Vamos a librar a los prisioneros, en primer lugar; luego averiguaremos qué le han dicho a Hutton y...

—Sí, claro... Aguarde un momento; iré a mi despacho a recoger un arma.

—Estaré en el vestíbulo.

Ronnes abandonó el salón. Wallahoo y Franks estaban fuera.

—Vosotros vendréis también conmigo —ordenó.

Los dos hampones asintieron en silencio. Siempre habían

supuesto que había alguien por encima de su jefe, aunque nunca conocieron el nombre. Ahora lo sabían y se daban cuenta del lado de que soplabla el viento.

Pasaron algunos minutos. Ronnes empezó a impacientarse.

—Ese tipo tarda demasiado...

—Iré a ver —se ofreció Franks.

—No, déjalo, yo iré.

Ronnes echó a andar con paso vivo. Llegó ante el despacho, abrió la puerta y divisó a Holmes, junto a la caja fuerte empotrada en la pared.

La caja estaba abierta. Holmes vaciaba su contenido en un maletín. Papeles, billetes, libros de cuentas, todo iba a parar al recipiente de cuero negro.

Ronnes no dijo nada. Lentamente, sacó un revólver y apuntó a la cabeza del sujeto.

Entonces, Holmes intuyó el peligro y se volvió. Al ver el arma, lanzó un chillido de pánico.

La bala le alcanzó encima de la ceja izquierda y le hizo dar un tremendo salto. Cayó al suelo y todo se desparramó a su alrededor.

Wallahoo y el otro corrieron hacia el despacho. Ronnes se volvió hacia ellos.

—Era una rata que pretendía abandonar el barco —dijo Ronnes fríamente—. ¡Pero mi barco no se ha hundido aún! ¡Sólo tiene una vía de agua y pienso taponarla! ¿Entendido?

Los dos matones asintieron. Ronnes movió la mano.

—Tú, Ringo, vacía el frigorífico. Dust, lava la sangre. Dejaremos el fiambre allí, hasta que todo haya terminado y podamos elegir un buen sitio para enterrarlo.

Por precaución, Ronnes recogió todo el contenido de la caja y lo echó en el maletín, que guardó para sí. Minutos más tarde, salía de la casa junto con Wallahoo y Franks.

Los dos hampones estaban demasiado impresionados como para sentir veleidades. Ambos pensaban que un hombre como Ronnes, capaz de montar una organización que hasta entonces había funcionado sin un solo fallo, pedía arreglar la situación tan inesperadamente planteada. Por tanto, les convenía ponerse de su lado.

—Hay algo que me preocupa, jefe —exclamó Wallahoo, pasados algunos minutos.

—¿Sí? ¿Qué es? —preguntó Ronnes, sentado en el asiento posterior del coche, con las piernas cruzadas y un cigarro entre los dientes.

—El calabozo o lo que sea ese sitio donde Hutton ha tenido

encerrados a los muchachos. Si en mes y medio no han sido capaces de escaparse, abrir, sin la llave, será cosa harto difícil.

—¿Crees que no he pensado en ello? —dijo Ronnes desdeñosamente—. No soy como Holmes, un idiota integral. En el maletero llevo un poco de «sopa», palancas y ganzúas. Con esos elementos, sería capaz de abrir la puerta blindada del *First National Bank*.

Wallahoo oyó aquellas palabras y no le cupo la menor duda de que Ronnes lo conseguiría.

Dos horas más tarde, siete abatidos individuos salieron de su encierro en un estado lamentable. Algunos de ellos, sin embargo, conservaban la energía suficiente para prometer los mil y un tormentos al hombre que les había jugado aquella mala pasada.

—Vosotros no haréis nada —cortó Ronnes enérgicamente—. Yo me encargaré de Hutton y lo haré a mi manera, ¿entendido?

Siete pares de ojos le miraron con curiosidad. Wallahoo se sentía admirado. Aquel inofensivo prestamista, manso como un gatito, se había convertido en un peligroso tigre, capaz de devorar al más feroz adversario.

—Hoy, esta misma noche, abandonaréis la ciudad —decidió Ronnes.

—Pero... estamos así, medio desnudos... —alegó Coud.

—Eso lo voy a arreglar ahora mismo.

Ronnes abrió el maletín de Holmes y empezó a sacar dinero,

—Estaréis ausentes durante una temporada, hasta que yo ponga un aviso, en la sección de anuncios por palabras, del *Los Angeles Times*, Eso sucederá, más o menos, dentro de un mes, y dirá exactamente: «El barco ha salido de] dique seco». Meteos esa frase en la cabeza y no la olvidéis,

Ronnes dulcificó un poco el gesto.

—La verdad es que el barco ha sufrido una avería y necesita que se le haga una reparación a fondo —añadió—. Pero eso lo haré yo y a mi manera.

Empezó a repartir el dinero. Al llegar a Jackson y Monnaugh les miró con particular severidad.

—Lo que he dicho no reza con vosotros —exclamó—. Estáis despedidos, definitivamente, para siempre, y si vuelvo a veros por la ciudad, tendré mucho gusto en pagar los gastos de dos entierros

Monnaugh y Jackson ofrecían un aspecto lamentable, con el rostro tumefacto por los golpes recibidos. Desmoralizados, no se atrevieron a rechistar una sola palabra. Minutos más tarde, Ronnes se ponía en pie,

—Hay otro coche afuera —indicó—, Mañana, al amanecer,

estaréis ya lejos de la ciudad. Eso es todo.

Giró sobre sus talones y movió la mano,

—Dust, Ringo, vosotros me seguiréis —dijo finalmente.

Iba a enfrentarse con el causante de su momentánea derrota, pero no le permitiría disfrutar del triunfo final.

CAPITULO XII

El coche se detuvo en las inmediaciones de la tienda. Ronnes se apeó, seguido de sus dos secuaces.

—Aguardaréis aquí afuera —ordenó—. No hagáis nada, hasta ver la luz del interior, que oscilará un par de veces. Entonces, entraréis y... ¿Está claro?

—Sí, descuide —respondió Wallahoo.

Ronnes abrió la puerta y penetró en el local. Wallahoo y Franks se dispusieron a encender sendos cigarrillos.

Entonces, como surgidos del serio de la tierra, aparecieron dos hombres.

—Será mejor que no armen ruido —dijo uno de ellos.

El otro enseñaba su placa policial con la mano izquierda. En la derecha brillaba un revólver.

—Así, bien callados —sonrió.

Franks y Wallahoo se quedaron helados. Uno de los policías les registró rápidamente, desposeyéndoles de sus pistolas.

—Seguro que no tenéis licencia —sonrió.

Los hampones guardaron silencio. Cuando se les ordenó caminar, obedecieron mansamente, sin pronunciar una sola palabra, abrumados por una derrota que sabían era total. Wallahoo pensó que Ronnes se había equivocado al hablar de su «barco». No tenía una vía de agua, fácil de taponar; estaba completamente hundido.

Pero sus problemas aún podrían tener cierta solución, si se mostraban dispuestos a cooperar.

—Escuchen —dijo—. Ronnes mató a Holmes. Nosotros sabemos dónde está el cadáver...

—¡Qué interesante! —exclamó uno de los policías.

—Eso significa que vamos a tener paz durante mucho tiempo —agregó el otro complacidamente.

Mientras, Ronnes llegaba a su despacho. Encendió la luz y vio algo encima del escritorio. El reloj de oro, con cifras hechas de zafiros y sonería musical, brillaba como una joya.

Sin volverse, se acercó a la mesa y rozó la tapa del reloj con las yemas de los dedos.

—Estás aquí, supongo —dijo.

—Sí —contestó Hutton.

Ronnes elevó la vista un poco. El cuadro que tapaba la caja fuerte estaba vuelto, La caja aparecía abierta de par en par y completamente vacía.

—Eso que has hecho es ilegal, Lee.

—No soy policía, Harry.

—Cualquier cosa que pretendan hacer conmigo, se derivará de un acto ilegal. Hasta el más torpe de los abogados sabría sacar partido de este hecho.

—Eso depende, Harry,

—¿De qué?

—Imagínate, la policía llega, avisada por una denuncia anónima. Te encontrará atado y amordazado, y la caja fuerte y todos tus documentos y libros comprometedores a la vista. ¿Qué fiscal no se aprovecharía de la situación?

Ronnes inspiró con fuerza.

—Has obrado con enorme astucia —dijo—. Sobre todo, el encierro de los chicos ha sido algo genial. Estaban completamente desmoralizados.

—Ah, los has encontrado.

—Sí, me lo dijo un «soplón». Bueno, me informó que todos los días ibas a la casa de tu tío... y yo saqué mis consecuencias.

—No me gustaba que nadie me robase —contestó Hutton—. Tú me conoces bien.

—Es cierto, y me sorprendió mucho que no reaccionases. Pero no podía hacer una excepción contigo, porque los demás se hubieran extrañado y sospechado algo que no era cierto.

—Tenías que seguir hasta el fin, gobernando tu organización en la sombra. Debe de ser divertido eso de ver como la gente obedece tus órdenes, sin que nadie sepa que les haces bailar al son que tú les tocas, y echando las culpas a otro, ¿verdad?

—Un placer maravilloso, algo que tú no comprenderás jamás, Lee,

—Estoy seguro, «Dingo», Tampoco comprenderé por qué hiciste asesinar a Tessie Fowler. Era una buena chica.

—Ella me conocía.

—Oh... A mí no me dijo nada, Harry.

—Habría terminado por hablar. En los últimos tiempos, empezaba a ponerse rebelde. Pensé que la policía te achacaría su muerte, pero se ve que me equivoqué.

—No, te equivocaste tú. Contrataste a Bloss y éste dejó su «firma» en la frente de Tessie. Debieras haber buscado a otro.

Ronnes soltó una maldición.

—Todos podemos equivocarnos —rezongó.

—Es cierto, pero hay errores que resultan fatales. «Dingo», hay

cosas que no te podré perdonar jamás: la muerte de Curliss, un hombre valeroso, que se negó a pagar tu «cuota», y la de Tessie. En cuanto a Bloss, bien, se lo merecía. Los hombres de su calaña están mejor bajo seis palmos de tierra.

—Lee, ¿no podríamos hacer un trato? —suplicó el prestamista—. Yo te he apreciado mucho; incluso te he ayudado...

—Sólo en lo que te convenía y para despistarme.

—Entonces, ¿no...?

—No, «Dingo».

De pronto, Ronnes soltó una risita.

—¿De qué te ríes? —preguntó Hutton, asombrado.

—De ti, tonto. Has tardado mucho en descubrirme —contestó el prestamista.

—Debo admitir que en un principio no sospeché de ti. Luego empecé a pensar que tú podías ser el jefe que nunca daba la cara.

—Y lo confirmaste, pero ¿cómo. Lee?

—Por los teléfonos. Tienes dos. Eso no es lógico.

—¿Por qué no?

—Hay uno en la tienda, que a veces dejas usar a los clientes. Luego tienes otro aquí, ocultó en un pequeño armario. Este segundo teléfono no figura en la guía.

—Oh, comprendo.

—Hace algún tiempo, estaba hablando contigo y sonó el teléfono. Fuiste al del interior, y yo no supe entonces captar el detalle, preocupado con otras cosas. Sólo fue cuando atrapé a Monnaugh y a Jackson, y cuando les encontré un número de teléfono que correspondía a un tal «Mr. X», que me di cuenta de que podías ser tú.

—Ellos te lo confirmaron.

—Sí, necesitaba esa confirmación —admitió Hutton.

—¿Por qué no recurriste a alguno de tus amigos de la Policía? Ellos habrían facilitado tu tarea.

—No quería que se enterasen de lo que hacía. Se sospecha de un par de tipos que están en tu nómina. Jackson y Monnaugh confirmaron lo que yo sospechaba.

—Has hecho algo que a mí no se me habría ocurrido —declaró el prestamista—. Nunca habría pensando en tener secuestrados a un puñado de hombres, en un sitio del que no podían salir...

—Tú los has sacado, parece. ¿Cómo, Harry?

—Un poco de «sopa», nitroglicerina, ya sabes, lo justo para hacer saltar las bisagras. En tiempos, fui especialista y río lo había olvidado. Pero no te preocupes por esa pandilla de idiotas; les he ordenado que abandonen la ciudad y me obedecerán.

—Les echaremos el guante. Hay muchos documentos

comprometedores. Sobre todo, unos que se refieren a Florence Langley.

—Querrás decir Rosie Star.

—Eso fue hace años, cuando tus amigos le tendieron aquella inicua trampa. Ahora pediremos la revisión del proceso y se declarará públicamente su inocencia.

—Entonces, creo que muy pronto se llamará Florence Hutton.

—Seguro, «Dingo».

Hubo una pausa de silencio. De pronto, Ronnes alargó una mano y apagó y encendió varias veces la lámpara de sobremesa.

—No te preocupes en llamar a tus chicos —dijo Hutton tranquilamente—. Están camino del calabozo.

Ronnes se volvió velozmente, con el odio reflejado en sus pupilas.

—Piensas en todo —exclamó.

—Si —respondió el joven, impasible—. Cuando vine aquí y me di cuenta de que no estabas, imaginé lo que había sucedido. Una llamada a la casa de Holmes, me lo confirmó; no contestaba nadie.

—Holmes está muerto, lo mismo que tú vas a estar antes de diez segundos —declaró Ronnes furiosamente, a la vez que sacaba un revólver.

La voz del teniente McVey se dejó oír en aquel momento:

—¡Ronnes! ¡Tire esa pistola!

En lugar de obedecer, Ronnes se volvió y disparó contra la puerta. La precipitación le hizo errar el tiro, pero ya no tuvo tiempo de hacer un segundo disparo.

McVey hizo fuego Alcanzado de lleno, Ronnes retrocedió hasta chocar contra el escritorio. Estuvo un momento en pie, con una llamarada de furia en las pupilas, pero, de pronto, giró violentamente sobre sí mismo y se desplomó al suelo.

Hutton se puso en pie. McVey estaba arrodillado junto al caído, pero se levantó muy pronto y sacudió la cabeza negativamente.

—Tal vez haya sido mejor así —dijo el joven.

—Pero, tan irregular...

—Ustedes no tendrán nada de qué reprocharse —contestó Hutton—. ¿Han grabado la conversación?

—Desde luego. Pero ese secuestro múltiple...

—Estoy dispuesto a responder de ello.

McVey hizo un gesto.

—No lo mencionaremos —contestó.

—Gracias, teniente.

Hutton se dispuso a salir. McVey dijo:

—Lee, vuelva pronto. Le necesitamos.

—¿Usted cree, teniente?

McVey sonrió.

—No es hombre para pasarse la vida detrás de un mostrador —dijo.

Hutton sonrió también.

—Puede que tenga razón —contestó—. De todas formas, tengo que consultarlo.

—Con la almohada, supongo.

—Es mucho más hermosa —se despidió el joven.

* * *

Hutton abrió la maleta y desparramó su contenido por encima de la cama, Florence salió en aquel momento del baño y lanzó una exclamación de enojo,

—¿Qué haces. Lee?

—Ya ves, evitarte los gastos de un viaje.

—Pero yo quiero marcharme...

—No te irás, Flo.

—¿Cómo piensas impedírmelo?

Hutton sacó unos papeles del bolsillo,

—Con un chantaje, si no crees en mi amor —respondió.

—¿Un chantaje?

Hutton sacó un encendedor y acercó la llama a los papeles.

—Esto probará tu inocencia —dijo—. Claro que estás libre y no te pueden juzgar por un delito ya sentenciado, pero la cosa es muy diferente si se piensa en la revisión del proceso y una declaración oficial de inocencia, por nulidad de sentencia. El juez ordenará que se borren todos tus antecedentes y que se destruyan las fichas del registro judicial y de la Policía, Pero la decisión está en tus manos.

Hubo un momento de silencio. Luego, Florence dejó caer los brazos a los costados.

—Supongo que no tengo otro remedio que resignarme —dijo.

—¿Lo lamentas?

Ella dudó un instante, pero acabó por sonreír,

—No, Lee, no lo lamento.

Hutton apagó el encendedor y lo lanzó a un lado, encima de las ropas revueltas, junto con los documentos. Luego estrechó en sus brazos el esbelto tallo de la joven.

—Si hubieras insistido en marcharte, creo que me habría quitado el cinturón, como hizo Holmes una vez —dijo.

—Oh, la ley del más fuerte...

—Pero no ha sido necesario, encanto.

Florence le miró profundamente a los ojos.

—¿Vuelves a la Policía, supongo?

—Gertie Wood se quedará con el negocio —respondió él—. Tiene algunos ahorrillos y el Banco le hará un préstamo.

—Pero no vendas la casa del río.

—No la venderé,

—Y tapiarás aquel horrible sótano.

—Lo tapiaré.

—Pasaremos allí nuestra luna de miel. La época de lluvias ha pasado ya, Pronto llegará el verano. Entonces, será un lugar maravilloso.

—A mí me gustará también, porque tú estarás allí —sonrió Hutton.

Y la besó con pasión, y ella le devolvió el beso cálida, vehementemente, porque los dos sabían que todas sus preocupaciones habían tenido fin y que ahora se abría ante ellos un futuro de felicidad sin límites, en el que nadie les amenazaría en nombre del más fuerte.

F I N

¡AHORA sí es posible!
*Puede usted saborear de
nuevo las más apasionantes
e inolvidables novelas de*

MARCIAL LAFUENTE ESTEFANIA

*a través de una selección
que ofrecen las Colecciones:*

BISONTE Serie Roja

BISONTE Serie Azul

BUFALO Serie Roja

BUFALO Serie Azul

CALIFORNIA

SALVAJE TEXAS

COLORADO

KANSAS

HEROES DEL OESTE

CALIBRE 44

HOMBRES DEL OESTE



ASEGURE SU EJEMPLAR

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.